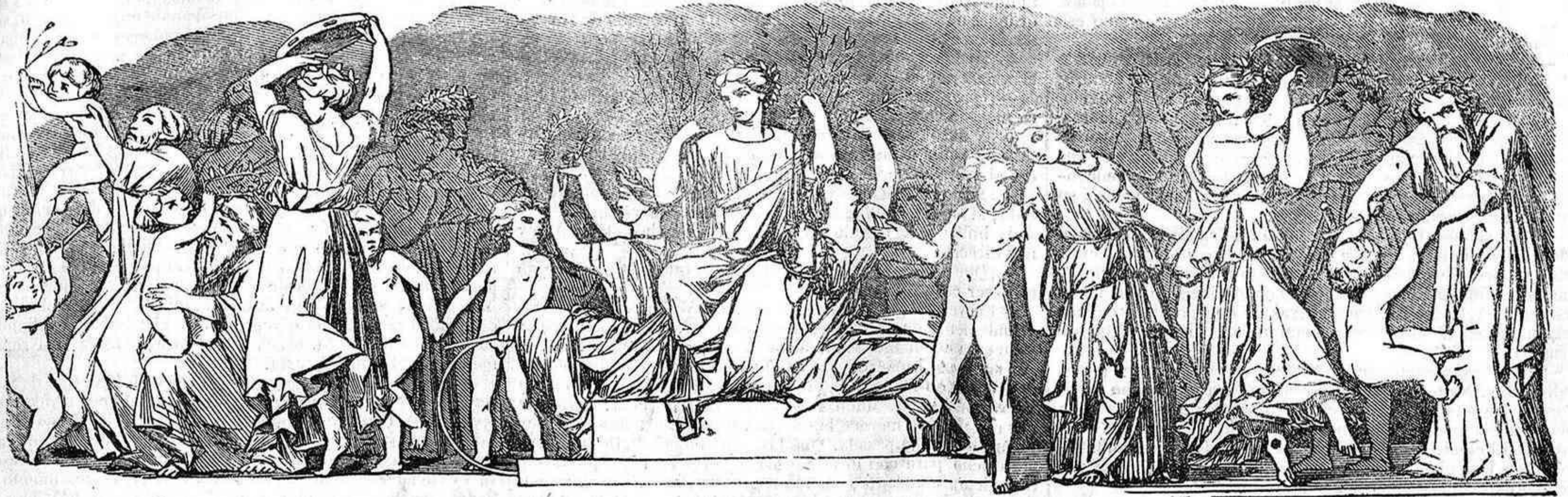


LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



UNA HERENCIA.

IV.

(Continuacion.)

Sin decir nada de la escena que acababa de tener lugar, Franz tomó á su muger del brazo, y acompañados de los niños, que llevaban por la mano, se presentaron, no sin cierta emocion, en casa de las señoritas de Stolzenfels. Las dos solteras estaban sentadas en el hueco de una ventana. Cuando vieron entrar la ya esperada visita, hicieron una pequeña reverencia, sin pronunciar palabra, y con el aire del mas profundo desden hicieron á los recién venidos señal de que tomasen asiento. Edith esperaba encontrar dos fisonomías amables, graciosas quizá: así es que á la vista de aquellas dos caras feas y altaneras sintió helársele el corazon, perdió el color, se puso pálida y sonrosada en un segundo, y balbuceó algunas palabras completamente ininteligibles. Franz, penetrado de los deberes que tenia que cumplir, procuró casi sin mirirlas dirigir las lo mejor que pudo el cumplimiento que de antemano traía preparado.

—Señoritas, dijo después de haberse inclinado varias veces; el conde Segismundo, en su inagotable bondad, no me legó solamente su castillo y sus ricos estados. A este presente regío y bien poco merecido, añadió otro mil veces mas rico; me legó tambien su preciosa familia, cuyo primer adorno sois vos. Creed, señoritas, que no soy indigno de tan alta confianza y que me esforzaré en justificarla. Deseo y exijo que nada cambie en el género de vida que haciais mientras existió el conde de Hildesheim; porque mi primer propósito de hoy mas será reemplazar dignamente cerca de vos y de vuestro sobrino á este noble pariente vuestro.

A estas palabras Ulrica y Eduvigis levantaron de repente la cabeza.

—¿Y por qué habia de cambiar nuestro modo de vivir? dijo aquella con orgullo. El conde Segismundo nos ha dejado en su testamento lo que nos habia dado en vida. Nada pedimos: tenemos nuestros derechos; pero no abrigamos pretensiones.

—Lo que el conde nos legó, añadió Eduvigis en tono menos altanero, llena todos nuestros deseos; y ya sabemos nosotros que no pensabais disputárnosle.

—Lejos de querer tocar á vuestras prerrogativas, estoy decidido á confirmarlas, á mantenerlas, á aumentarlas con otras nuevas si es menester.

—Nuestros gustos son muy simples, continuó Eduvigis sin levantar siquiera los ojos. Dios sabe que no hemos venido á Hildesheim á buscar el lujo ni el fausto. El conde Segismundo habia puesto á nuestra disposicion su servidumbre y sus carruajes.

—Como hasta aquí, señoritas, repuso Muller con la mayor cortesia, podeis disponer de los carruajes y la servidumbre del conde Segismundo.

—Nosotras buscamos la soledad, continuó Eduvigis: gustamos mucho del silencio y del recogimiento. Por eso, con el consentimiento del señor conde, habiamos separado por medio de una pared un rinconcito del jardin, dos ó tres fanegas de tierra todo lo mas. Confieso francamente que no renunciaríamos sin un gran disgusto á este modesto cercado, adonde vamos por la tarde á distraernos.

—¿Y por qué renunciar á él? dijo Muller: yo conozco perfectamente mis deberes y sabré llenarlos, dándome por muy satisfecho si así puedo agradaros. Nuestro mas caro deseo, nuestro mas ardiente voto es vivir aquí con vos, como si no formásemos mas que una sola familia.

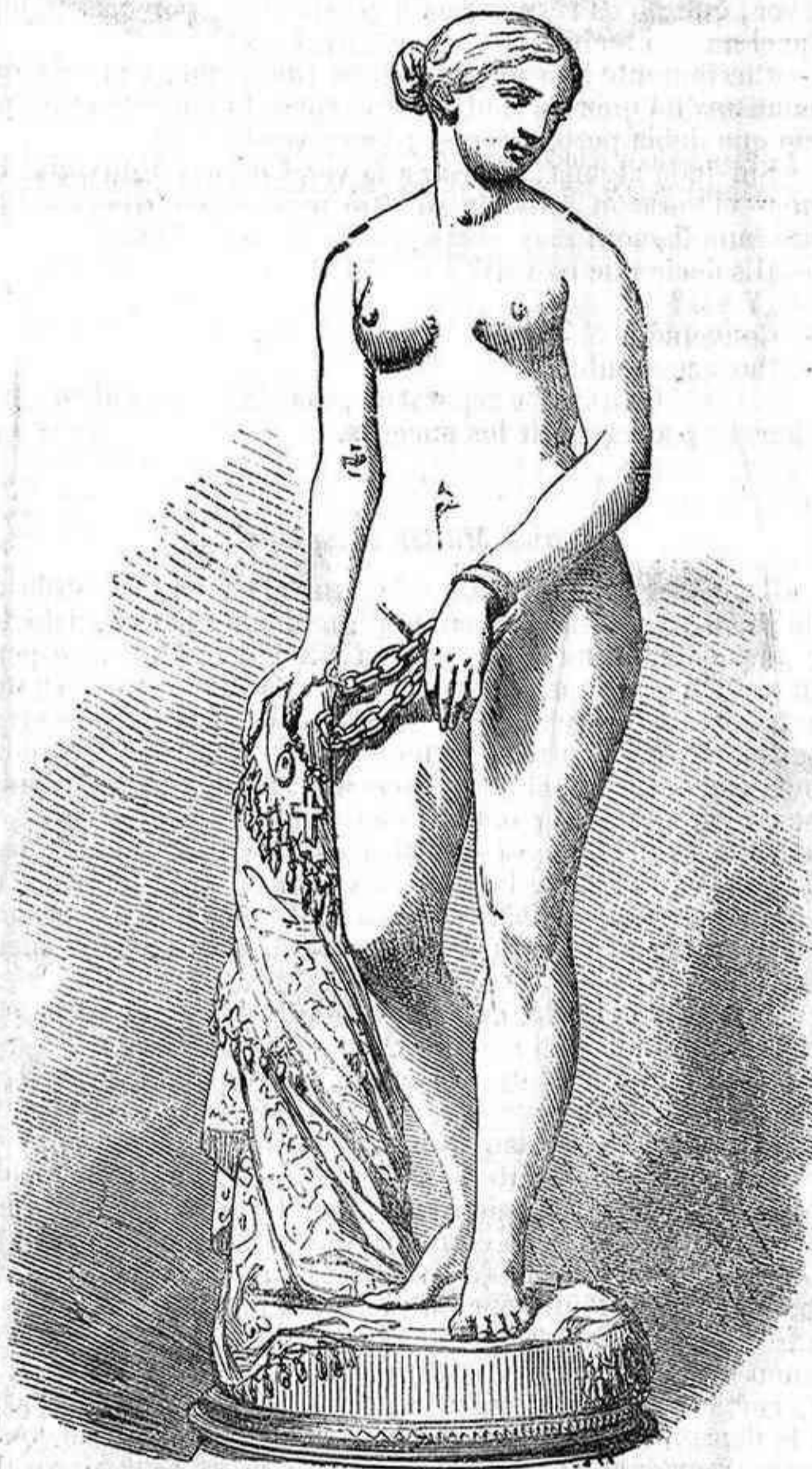
—Si me lo permitís, dijo por fin Edith con voz trémula, vendré á veros con frecuencia y procuraré aprovechar los consejos que os digneis darme.

—Hace mucho tiempo, señora, replicó Ulrica, que vivimos separadas del mundo y ocupadas únicamente de la salvacion de nuestra alma. Por otra parte seguramente no encontrareis en nuestra sociedad las distracciones propias de vuestra edad; y por lo que hace á nuestros consejos, estoy cierta de que los habreis menester.

Al oír estas palabras, la pobre Edith dirigió á su marido una mirada donde se retrataba toda la desolacion de su alma; hubiera querido que la tierra se abriese bajo sus pies. Muller, sin desmayar, procuró hacer recaer la conversacion sobre el buen tiempo, sobre la magnificencia del parque, sobre las cazas de Federico, sobre el órden admirable que sus tías habian sabido introducir en la administracion de aquel vasto patrimonio. Mientras él estaba hablando, Ulrica bordaba al tambor y Eduvigis dibujaba en la tela sin apercibirse siquiera de su presencia. Franz redoblaba sus inútiles esfuerzos para desatar aquellas dos leguas, cuando un súbito y horroso estrépito vino á cambiar la escena. Hermann, que hacia

rato estaba jugando con un gran gato negro, se empeñó en retener sobre sus rodillas el arisco animal; resistese este, hace un esfuerzo, da un gran brinco y huye desfavorido: Hermann corre presuroso en persecucion del fugitivo, y en uno de sus movimientos infantiles echa al suelo un magnífico velador, que sostenia un soberbio servicio de porcelana del Japon. Entonces tuvo lugar una escena de cólera y confusion imposible de describir: al ruido de la porcelana hecha añicos Ulrica y Eduvigis saltan sobre sus asientos, movidas por el resorte de la ira, ni mas ni menos que los muñecos que saltan apenas se quita la tapa de la caja que los encierra. Hermann, aturdido, corre á guarecerse entre las piernas de su padre: Margarita, pasmada, se ase fuertemente del vestido de su madre: todo es desórden y miedo. Pero Franz, sin dar lugar á las solteras para exhalar su cólera:

—Felizmente, se apresura á decirles, el desastre no es irreparable. Espero, señoritas, que dentro de pocos dias nada



La esclava griega.

tendreis que echar de menos. Dijo y se despidió de Eduvigis y Ulrica, que ya le habian vuelto la espalda.

Apenas estuvieron en el parque:

—¿Qué tal? amigo mio, dijo Edith consternada. ¿Qué visita! ¿Qué acogida! ¡Oh! no hay tortura, no hay suplicio comparable al que acabo de sufrir. ¿De qué manera nos han recibido, Dios mio!

—Te diré, Edith mia, repuso Franz meneando la cabeza: no son unas simples señoras, como tus amigas de Munich: ten presente que se llaman Stolzenfels. Ya te habituarás á ese tono, á esas grandes maneras. ¿Recuerdas cuando entramos con qué ademán imperial nos indicaron los asientos? ¡Qué noble continente, y qué soberbia mirada! Está visto; son la flor de la aristocracia. Por mi parte confieso que al principio estaba así algo confuso; pero se me figura que ya las iba domesticando, cuando este aturdido de Hermann hizo pedazos medio Japon.

—¿Cuando pienso que no han tenido para mis queridos pequeños ni una palabra, ni una sonrisa, ni una mirada afectuosa! Mira, Franz; tengo mala opinion de las mugeres que

no quieren á los niños; y digas lo que quieras, me parece que nada habrá de comun entre las señoritas Stolzenfels y nosotros.

—¡Boberia! dijo Franz. Si fuesen como tú piensas, ¿por qué nos las habria ponderado tanto maese Gottlieb? ¿Qué interés podia él tener en eso? Apuesto á que en el fondo son excelentes personas. Vamos, vamos á ver al mayor Bildmann. Aquí donde me ves, siempre he tenido yo inclinacion á los hombres de guerra; y desde luego estoy seguro de que ese viejo soldado me agrada. Quizá haya que resignarse á oír muchas veces la historia de una misma batalla; pero ¿qué importa? Si el mayor es un corazon noble, un carácter generoso y leal, soy sin vacilar amigo suyo. ¡Ea! vamos á ver á Bildmann: él tiene un niño, y esta circunstancia es ya un lazo entre él y nosotros.

Pocos momentos después, Muller y su muger se presentaban en casa del mayor. Justamente en aquel momento habia en el matrimonio Bildmann una atroz quimera, de las muchas que ocurrian, y hablando con propiedad, constituian la sola distraccion de aquella feliz pareja, hiperbólicamente patriarcal al decir de maese Gottlieb. Dorotea acababa de recibir una invitacion á una fiesta que debia darse el mes próximo en uno de los castillos vecinos, y se trataba de comprar un traje para aquella solemnidad. La toilette de Mad. Bildmann estaba en el estado mas lamentable, y su guardarropa reclamaba con urgencia un poco de solicitud de parte de su dueño. Su vestido de gala habia sido cinco años consecutivos la admiracion del país; y Dorotea, comprendiendo que sin el consentimiento de su marido no debia hacer un gasto tan considerable, habia adoptado el partido de anunciar terminantemente sus pretensiones. A la primera palabra que articuló para tantear el vado, el mayor empezó á gritar.

—¡Malditas sean las mugeres y sus coqueterias! dijo con un acento que presagiaba una negativa redonda. Bien sabéis, señora, la vida que yo hago de diez años á esta parte: no hay privacion que no me imponga, no hay goce que no me rehuse, hasta aquellos mas propios de mi edad. Porque habeis de saber, que bajo estos cabellos blancos tengo todavía el alma jóven y el corazon ardiente.

—Estais efectivamente en vuestro derecho, repuso Dorotea con el acento de la acritud; estais en vuestro derecho hablándome á mí de las privaciones que os imponéis; á mí, á quien habeis arruinado con vuestra insensata prodigalidad; á mí, cuya dote habeis consumido en las tabernas y los garitos. ¿A mí me hablais de privaciones! Si el conde Segismundo no nos hubiese recogido ¿dónde estaríamos á estas horas? Meriéndonos de miseria en un rincón sobre un poco de paja. Y después que habeis encontrado un asilo en Hildesheim ¿cómo vivís? ¿Qué uso haceis de los escasos recursos que nos han quedado? ¿No estais disipando en ginebra y tabaco lo poco que tenemos? ¡Y después de todo esto os irritais como un toro, porque al cabo de cinco años os pido un vestido!... Es una iniquidad!

En medio de este amable diálogo se abrió la puerta dejando aparecer á Muller y su muger que aun tuvieron tiempo de recoger algunas palabras. El mayor y Dorotea se callaron al momento. Aun cuando no hubieran tenido contra Muller motivo ninguno de resentimiento, bastaria esta malhadada visita á escitar toda su cólera. Así es que en el punto mismo olvidaron su animosidad mutua para hacer recaer sobre Muller todo su mal humor. Por su parte Franz y Edith, testigos involuntarios de esta guerra intestina, no sabian qué cara poner y estaban grandemente embarazados. Por último, Franz, en medio de su turbacion y de su ingenuidad, cometió la torpeza de decir:

—¿Quizá hayamos venido á incomodar, señor mayor.

—¿Por qué diablos me habeis de incomodar? respondió bruscamente el mayor. Vos sois Franz Muller, músico en Munich, calle de los Armeros, núm. 9: venís á tomar posesion del castillo y sus dependencias: corriente; me alegro infinito de veros: sentaos si gustais.

Mientras que Muller contestaba á esta estraña acogida con un cumplimento dirigido al mayor y á su muger, estos examinaban con la mayor atencion á Edith de pies á cabeza. La pobre muger intimidada con los fuegos cruzados de aquellos cuatro ojos, ruborizándose y palideciendo alternativamente, quiso hacerse agradable á aquellas gentes haciendo una caricia al niño Isaac. Aquel horrible chiquillo la devolvió un gesto mas horrible aun y echó á correr.

—Y bien, señor Muller, exclamó el mayor; ¿qué me decís de la loteria que os ha caído? Parece un sueño de *Las mil y una noches*. ¿Eh? El conde Segismundo, nuestro digno pariente, era apasionado por la música: dicen que tuvisteis la feliz ocurrencia de ejecutar delante de él no sé qué pieza que él habia oido en otro tiempo, y que andaba buscando mucho tiempo habia. ¿No es esto?

Muller contó simplemente la visita del conde en Munich. Durante esta narracion el mayor cambiaba sin cesar con Dorotea miradas llenas de malicia ó impertinencia, y á cada palabra de Franz se retorcia los bigotes y reia á carcajadas.

—Señor Muller, dijo por fin; es extraño, muy extraño eso que nos contáis.

—Si es la señora, repuso Dorotea, la que cantaba cuando el conde Segismundo estaba en vuestra casa, no me admiro; nadie debe admirarse de la rica herencia que habeis recogido.

Franz, que no adivinaba el sentido oculto de estas palabras, se inclinó dando las gracias. La misma Edith se sonrió de placer, menos por vanidad que por reconocimiento; y es que en aquella lisonja creia entrever un sentimiento de benevolencia. Halagado secretamente por las alabanzas dirigidas á su muger, Muller quiso ser agradecido.

—Bien sabeis, dijo al mayor, que mi llegada al castillo en nada debe cambiar vuestra existencia. No necesito deciros que siempre me encontraréis dispuesto á respetar religiosamente las últimas disposiciones del conde Segismundo. Todas las ventajas, todas las prerogativas de que gozabais cuando estabais cerca de él os serán mantenidas, sin que nadie ose tocarlas.

—Por nuestra parte, señor Muller, creed que no seremos indiscretos. No temais de nosotros ninguna pretension inesperada. Me gusta mucho la caza; ya sabeis que la caza es la imagen de la guerra, y en un soldado viejo este gusto es muy natural. El conde Segismundo me permitia de tiempo en tiempo tirar á los conejos y á los cervatillos; yo espero que vos ine acordareis el mismo permiso.

Muller respondió por un gesto afirmativo.

—Mi muger es apasionadísima de las flores: para nosotros es un placer sublime pasearnos por las tardes en un sitio solitario, sentarnos en un banco de césped y ver á nuestro hijo jugar á nuestros pies. Por eso, con el consentimiento, he cerrado con una barda de cal y canto un rincón del parque, donde he plantado las flores que prefiere Dorotea. En resumen, caza para mí, flores para mi muger, y una pradera donde Isaac pueda correr y saltar al abrigo de todo peligro, hé aquí á lo que se me limitan todos mis deseos. Me atrevo pues á esperar, señor Muller, que no seréis menos generoso conmigo que lo fué el conde Segismundo.

—Ciertamente, señor mayor: habeis creído muy bien, contestó Muller.

Y al acabar estas palabras se levantó para retirarse.

—Nos veremos á menudo, señora, dijo Edith á Dorotea. Visitaremos juntas los alrededores de Hildesheim: vos me indicareis los pobres que debo socorrer, las miserias que deba aliviar. En fin me ayudareis á hacer bien.

—Nos encontraremos alguna vez en el parque, respondió Dorotea. No prometo visitaros con frecuencia, porque vivo muy retirada: los cuidados de mi casa, la educacion de mi hijo absorben todo mi tiempo. Ea cuanto á los pobres no te neceso de ir á buscarlos: ellos vendrán á imploraros.

—Nuestro mas caro deseo, dijo Muller repitiendo el cumplimiento que habia dirigido á las dos solteras; nuestro mas ardiente voto es vivir aquí con vosotros como si no formásemos mas que una sola familia.

—Mil gracias, señor Muller, contestó el mayor: me alegro mucho de haber conocido á V.

Dijo, y cerró la puerta de la habitacion.

Apenas habian bajado la escalera:

—¿Qué te parecen estas gentes? preguntó Edith.

—Muy bien, contestó Franz: sin tener la alta dignidad de las señoritas, los Bildmann me parecen excelentes personas. Me gusta la franqueza del mayor.

—¿Has notado cómo me examinaban, cómo pasaban revista á toda mi persona? ¿Por qué me mirarian así?

—Nada mas natural: les habrás parecido muy linda; no creo que por esto debas enfadarte.

—Ciertamente que no. Pero ¿escuchaste lo que decian cuando entramos? ¿No oiste la voz ronca del mayor y la chillona de su muger? Estaban regañando, no hay duda.

—¡Bah! Una disputa sin importancia alguna; todos los matrimonios hacen lo mismo: no vayas á creer que todos viven como nosotros.

—¿Y el chiquillo? ¿Qué feo es y qué malo me parece!

—Es verdad, replicó Muller con complacencia; es verdad que no tiene la belleza de Hermann y Margarita; pero no todos los niños pueden parecerse á los dos querubines que tú me has dado.

—Sí: ¡y ni siquiera tuvo una caricia que hacerles Madame Bildmann!

—Mad. Bildmann no podia menos de comparar su hijo con el nuestro, y de seguro debió sufrir mucho en su orgullo de madre. No debes resentirte por eso: al contrario, á tí te toca ser generosa.

—Me parece, querido, repuso Edith, que de todos los habitantes de Hildesheim solo el conde Segismundo vivia á la oriental. Sin duda habia viajado por Turquía.

—¿Qué quieres decir? preguntó Muller.

—¿No te he llamado la atencion el ajuar de las señoritas y el del mayor? ¿Qué lujo! ¿qué magnificencia! En nuestra casa, al menos Hermann puede jugar sin riesgo: bien seguro es que por mucho que haga no romperá ninguna porcelana del Japon.

—Eso es: ahora vas á tener celos de las tazas de té y de los muebles de nuestros vecinos; jamás estás contenta. ¡Qué diablo! No tengas cuidado: ya tendrás Japon y Sajonia y Sevres y todo cuanto quieras. ¿Por qué te inquietas? Cuando se posee un palacio y muchas tierras, y cuarenta mil florines de renta, no se carece ni de muebles ni de porcelanas.

Cuando Edith y Franz entraban en su casa, el mayor y su muger corrían á las de las dos solteras. Desde que maese Gottlieb leyó el testamento, los dos bandos, tan divididos antes, tan celosos el uno del otro, se habian unido y hecho un fondo comun de sus celos y de su encono.

—¿Que tal? exclamó el mayor apenas entró, cruzándose de brazos: ¿los habeis visto? ¿Qué decís ahora de nuestras conjeturas? ¿Tenia yo razon? ¿Se engañaba Dorotea? ¿Creeréis aun que la propiedad de Hildesheim nos ha sido escamoteada por el arco de un violín?

—Ya sabeis al presente, añadió Dorotea, por qué el conde Segismundo andaba por esos caminos de Dios: ya comprendéis el motivo de sus ausencias: ya conoceis la sirena que lo atraía.

—¿Habeis examinado la niña Margarita? continuó el mayor. ¿No habeis visto en su cara los ojos, la nariz y la boca de Segismundo? ¿No es el vivo retrato del conde? En vano nuestro indigno pariente se esforzó en ocultar á todo el mundo los desórdenes de su vida: la naturaleza se ha encargado de revelar este negro misterio.

—¿Qué vergüenza, hermana mia, que vergüenza! dijo Eduvigis juntando las manos.

—¿Qué escándalo, hermana, que escándalo! contestó Ulricha meneando la cabeza.

—Y nosotras, continuó Eduvigis, que habiamos consentido en venir á instalarnos en su casa, convencidas de que era el modelo de todas las virtudes!

—Exactamente como yo, repuso Dorotea. Si hubiera yo sabido, si siquiera hubiera podido entrever esta espantosa verdad, hubiera rechazado con indignacion la hospitalidad que nos ofrecia.

—¿Qué error el nuestro, dijo Ulricha, y qué locas hemos sido en creer en tanta bondad!

—En verdad, replicó el mayor, en verdad que se burló grandemente de nosotros con sus viajes, su cancion tirolesa y su cara de enamorado de comedia. Yo siempre desconfié de él: su traza hipócrita, la conducta equívoca y cautelosa no convenian en manera alguna con la franqueza y la lealtad de un soldado viejo. Muchas veces la dije á Dorotea: mira que nos engaña: no merece lo que hacemos por él: algún dia nos jugará una mala pasada. Qué tal, ¿me engaño? ¿De qué manera llenó para con nosotros los deberes de la hospitalidad? Casi siempre ausente, cuando regresaba, ni casi se apercebía de que tenia en su casa á las señoritas de Stolzenfels, al mayor Bildman y su muger.

—Era, añadió con sequedad Dorotea, un hombre profundamente inmoral, un mal pariente.

—¿Sabeis, replicó Ulricha, sabeis que somos víctimas de una odiosa captacion? Si atacásemos el testamento, de seguro nos darian la razon los tribunales.

—Ese fué mi primer pensamiento, y mi primer deseo, respondió el mayor. Pero para atacar el testamento seria menester romper con Federico. Federico es violento, yo lo conozco, y por nada en el mundo me batiré yo con un miembro de mi familia.

—Señor Bildmann, repuso Eduvigis, hablais y obrais como el hombre mas prudente de la tierra.

—Yo sé bien, añadió Bildman, lo que se debe á los parientes, y sea cualquiera la impetuosidad de mi carácter, mas quiero sufrir en silencio que cortar el hilo de la vida á un sobrino que tanto queréis.

—Espero, interrumpió seriamente Eduvigis, espero, señor mayor, que no os resignareis á permanecer por mas tiempo bajo el mismo techo que esos aventureros?

—Ciertamente que no, respondió Bildmann; y juraria que vos misma no queréis continuar aceptando un asilo en el palacio que debia perteneceros. ¿No es verdad?

—Sin duda alguna, dijeron á la vez Ulricha y Eduvigis: tenemos el corazon muy en su sitio para someternos á semejante humillacion.

—¿Es decir que os vais?

—¿Y vos?

—Convenido.

—Pues corrientes.

Y ambas familias se separaron, decididas á no abandonar su puesto y á ver venir los sucesos.

V.

Franz Muller á Spiegel.

«Hace tres semanas que estoy instalado en el castillo de Hildesheim, y aun no he tenido un momento para escribirte. No quiero detenerme á escuchar mi silencio: sé que me perdonarás, sin que yo me tome el trabajo de sincerarme. Tantos que hacer me han llovido sobre mí, que á pesar de mis vivos deseos de hablar contigo, he tenido que aplazar la correspondencia con el mejor, el mas fiel de mis amigos. ¡Amigo cruel! ¿Por qué me he de ver obligado á escribirte? Tu ausencia de aquí es la sombra negra que afea el cuadro de mi felicidad, es la pena oculta entre los pliegues de todo goce humano, es la gota amarga que acibara la copa embriagadora del placer. De seguro tendrás ganas de saber pormenores: pues bien, hélos aquí.

«Mi primer cui lado, como tú conoces, fué visitar á las señoritas Stolzenfels y al mayor Bildmann; deber que nos apremiamos á cumplir al día siguiente de nuestra llegada. Las señoritas de Stolzenfels nos recibieron con un poco de frialdad, lo confieso; frialdad que ni me admira ni me ofende, porque á pesar del desinterés de que tantas pruebas han dado en distintas ocasiones mientras vivió el conde Segismundo, es muy natural que vean con cierto descontento á un extranjero que viene al palacio de su pariente á tomar posesion de todos los bienes. Ponte por un momento en su lugar, y fácilmente comprenderás lo que debieron sentir á nuestra vista. Y como esto es justamente lo que Edith no quiere comprender, ruegote que la regañes un poco en tu primera carta. Por lo demás, en nuestra primera visita han estado con nosotros estrechamente finas y atentas; y estoy seguro que la bondad y la gracia de mi querida Edith, daré pronto al traste con la frialdad de las señoritas. Porque has de saber, amigo Spiegel, que jamás has visto nada que se parezca á las señoritas de Stolzenfels: no tienes idea de tanto tono, de tanta importancia; pero natural, sin esfuerzo de ningún género. Basta verlas saludar para adivinar su estirpe esclarecida. Dígan lo que quieran, querido, hay en estas gentes una cosa que siempre nos faltará á nosotros. En suma, de esta visita hubiéramos sacado muy buenos recuerdos, á no ser por una travesura de Hermann que Edith te contará.

«La acogida que nos hizo el mayor Bildmann fué de otro género. Ya sabes que el mayor es un viejo militar encanecido en el campo de batalla, lleno de honor, de valor, de franqueza y de lealtad. Su figura varonil, y sus bigotes canos, estan en perfecta armonia con los arranques bruscos de su lenguaje; pero es imposible imaginar una fisonomia mas abierta, ni un exterior mas atractivo. Mad. Bildmann no tiene, es verdad, las nobles maneras, el orgullo aristocrático de las señoritas de Stolzenfels; pero no por eso deja de ser perfecta en su género, y de veras presiento que mi muger encontrará en ella

una amiga sólida, de la sociedad mas deliciosa. Por lo que hace al mayor, juraría que somos ya amigos viejos. La belleza, las gracias, la candidez de nuestra Edith han producido en los dos esposos un efecto, que ellos mismos no disfrababan, y que tu comprenderás bien; no se cansaban de mirarla con un sentimiento de admiracion, que como tú conocerás me llenaba de orgullo y alegría. Su hijo, el niño Isaac, parece á primera vista un poco salvaje; pero eso depende sin duda de que ha crecido en la soledad. Dentro de pocos dias tendrán en el Herrmann y Margarita un compañero sin segundo para sus juegos. En fin, querido amigo, todo me hace creer que maese Gottlieb no nos ha engañado: me parece que en el castillo de Hildesheim harémos una vida de verdaderos patriarcas. Hasta hoy ni las señoritas ni el mayor nos han pagado la visita; y justamente en esto veo yo muy marcada la discrecion que engendra el trato del gran mundo. Otras gentes oscuras hubieran venido corriendo á oler lo que haciamos; pero los Bildmann y los Stolzenfels han temido importarnos, venir á perturbarnos en medio de los infinitos cuidados que da una instalacion: yo se lo agradezco á fé mia. Tambien sobre esto está Edith reacia: no quiere comprender toda la sublimidad de esta conducta. No olvides, te repito, echarla una reprimenda en tu primera carta.

«No te he hablado hasta ahora del jóven Federico de Stolzenfels. Recordarás que el conde Segismundo por clausula expresa de su testamento, dejó á este jóven el libre uso de sus caballos, de sus perros, de sus picadores, y el derecho de caza en sus tierras. Pues admirate, querido Spiegel, de la reserva y delicadeza propias de toda esta familia. El regimiento de Federico está de guarnicion en una ciudad muy próxima: en un escape Federico podia estar aquí; mis caballerizas están llenas de caballos y perros, y mi bosque hierve en caza: ¿querás creer que Federico no se ha presentado aun, no ha dado señales de vida, no ha usado una sola vez de sus derechos? Tú convendrás conmigo en que esta discrecion de parte de un oficial de caballería, es superior á todo elogio: estoy viendo que voy á tener que pasarle una invitacion para que venga á cazar en mis bosques.

«El castillo de Hildesheim, situado en la pendiente de una colina, se remonta á los últimos años del siglo XIV: su arquitectura es de estilo gótico puro en todo su desarrollo y en toda su elegancia. Tu que tributas un culto tan ferviente á las artes de la edad media, pasarias las horas mas felices en estos vastos salones, ó contemplando estos muros antiguos. La distribucion interior del edificio pudiera ser algo mas cómoda; así es que me propongo emplear una parte de mis rentas en corregir algo estos defectos y en algunas reparaciones que se hacen necesarias. ¿Quién nos lo hubiera dicho, querido Spiegel, cuando caminábamos á pie con el palo en la mano y el saco á la espalda? ¿Quién me hubiera dicho entonces, que andando el tiempo habia yo de reparar mi castillo, y sobre todo un castillo que tú no habias de habitar? Hay momentos en que no podemos menos de enfadarnos contigo; pero de seguro vendrás, amigo querido, porque cuando volvámos á vernos no podrás resistir al cuadro de nuestra felicidad. Este país es uno de los mas ricos, de los mas bellos, de los mas pintorescos que alumbran el sol: cada dia descubrimos un nuevo Eden, un nuevo sitio encantador. Ayer, sin ir mas lejos, descubrí sin salir de mis estados un asilo mas fresco que cuanto puede inventar la imaginacion de Gessner: un valle estrecho, profundo, misterioso, surcado por un delicioso riachuelo, que se desliza silencioso bajo una bóveda de árboles, y por una multitud de senderos. ¡Si vieras qué salvaje, qué encantador es todo esto! Voy á llevar allá á menudo á Edith y á los niños. Ya sabes cuán aficionado soy á la pesca, sobre todo á la pesca de cangrejos; pues jamás he visto un sitio mas á propósito para satisfacer estos inocentes gustos.

«No vayas por eso á creer, amigo mio, que renuncio al arte que ha hecho hasta aquí mi felicidad, ni á la gloria, que ha sido siempre la mas cara de mis esperanzas. No he echado en olvido la obligacion que me impone el testamento del conde Segismundo: al legarme sus estados todos no se propuso sino allanarme el camino de la fama. La expresion de sus últimas voluntades, empapadas de una simpatia tan profunda hacia el artista laborioso, hacia el talento oscuro, hacia el genio encajenado por las necesidades de la vida, está siempre presente á mi memoria. Cuenta pues con que no seré ingrato, y que llenaré hasta el fin la mision que me impuso mi bienhechor, mision tanto mas dulce cuanto que la gratitud me lleva por la mano á la celebridad. Se ha visto artistas escalar la riqueza por medio de la gloria; mas yo, gracias á la generosidad del conde de Hildesheim, llegaré á la gloria por medio de la riqueza. Hoy mismo voy á poner manos á la obra. Me asedia la inspiracion: las melodias se agitan en mi seno: soy como la estatua de Meusnon herida por los primeros rayos del sol. Créeme, querido, arroja al fuego sin el menor remordimiento la partitura que te empeñaste en guardar; esa sinfonia no merece el honor de ser salvada de las llamas, como el poema de Virgilio.

«Y tú, amigo mio, querido compañero de mis primeros años, ¿qué haces ahí? ¿Cómo pasas las noches desde que no estamos juntos? Esa casa, tan pequeña en otro tiempo, ¿no te parece ahora demasiado grande? ¿Visitas de cuando en cuando nuestra desierta habitacion? ¿No vas algunas veces á sentarte en el diván un poco duro y medio roto que con tanta frecuencia nos ha sostenido á la vez? ¡Ah Spiegel, cuántas y cuán felices horas hemos pasado allí, en compania de Edith y de los niños!»

Franz acababa de cerrar esta carta y de enviarla al correo inmediato: Edith habia salido con Hermann y Margarita; un silencio profundo reinaba en el castillo y en los alrededores, silencio abrumador como el que pesa sobre las montañas, en la estacion ardiente, cuando el sol toca el meridiano. Muller estaba perfectamente dispuesto: la inspiracion venia á presentarle una variedad infinita de composiciones musicales. Ya habia abierto el clave y entregádose de lleno á la composicion, cuando Wurm vino á llamar á la puerta del santuario.

—¿Qué hay? preguntó Franz abriendo la puerta. ¿Qué me queréis? No os he dicho esta mañana que descaba estar solo? No estoy para nadie: para nadie ¿lo oís, señor Wurm?

—No he olvidado, respondió Wurm en tono respetuoso, las órdenes terminantes que me habeis dado esta mañana; pero se trata de un negocio importante, y no creí que debia negar la entrada á maese Wolfgang Sturin.

—¿Y quién es maese Wolfgang Sturin? preguntó Muller con impaciencia.

—Maese Wolfgang Sturin, repuso Wurm con acento grave, es hace treinta años el procurador de la familia de Hildesheim. El padre del conde Segismundo, que está en gloria, le dispuso toda su confianza, y el mismo conde Segismundo puso en sus manos el cuidado y defensa de sus intereses.

—¿Y qué, replicó Muller, qué tiene que decirme? ¿De qué quiere hablarme? A Dios gracias no tengo proceso alguno pendiente.

—Habeis de saber, señor, respondió Wurm, que esta es la tercera vez que maese Sturin viene al castillo de Hildesheim. No sé precisamente lo que tendrá que decirnos: sin duda vendrá á ponerlos al corriente de los negocios del conde Segismundo. Ahora bien: ¿lo despido ó lo hago entrar?

—Si es la tercera vez que se presenta, no puedo menos de recibirlo. Que pase adelante.

Dijo, y arrojó sobre el clave lleno de ira el manuscrito que había empezado: algunos momentos después volvió Wurm, acompañando á maese Wolfgang Sturin. Era este un hombre alto, seco, de sesenta años poco mas ó menos: su frente deprimida, sus pequeños ojos pardos enterrados en el cráneo, y su perfil perfecto de zorra, le daba toda la espresion de la astucia y de la sagacidad. Llevaba bajo el brazo un enorme legajo de papeles, que colocó sobre la mesa después de haberse encorvado hasta el suelo al nuevo dueño del castillo. Muller contestó con una fria inclinacion de cabeza, haciéndole una seña para que tomase asiento.

—Señor, dijo maese Wolfgang sin mas preámbulos; sois el heredero universal del conde Segismundo; y al sucederle en todos sus derechos, habeis tambien tomado sobre vos la carga de todas sus obligaciones.

—Hablad, señor procurador, repuso Muller; ¿de qué obligaciones se trata?

—Es la cosa mas sencilla del mundo: se trata de una lengua de tierra, de cabida de una fanega poco mas ó menos, que aunque pertenece al castillo de Hildesheim se encuentra enclavada entre dos propiedades vecinas.

—¿Y no podriais entenderos con mi mayordomo para el arreglo de este negocio?

—Aquí para entre los dos, vuestro mayordomo no está en estado de comprender. Hace mucho tiempo que no toma parte en las discusiones relativas á los intereses de la familia de Hildesheim. Es un cerebro que jamás ha dado muestras de abrigar un gran talento, y que los años han acabado de oscurecer.

—Es decir, señor procurador, que mal que me pese, es forzoso que yo... Corriente: ya os escucho; decid, ¿cuál es el objeto del litigio?

—Ya os lo he dicho, señor: es una lengua de tierra que os pertenece, y sobre la cual pretenden tener derecho dos vecinos.

—¿Y no es mas que eso? Pues nada mas sencillo: todo se puede arreglar en un momento. Voy á convidar á comer á mis dos adversarios: les suplicaré que traigan sus títulos; yo por mi parte tendré aquí los míos á su disposicion: vos estaréis presente, y á los postres todo estará arreglado amigablemente.

Maese Wolfgang se sonrió al oír estas palabras.

—Os honran, dijo, en gran manera esos sentimientos; y si cada uno pensase como vos no sería muy envidiable la posicion de las gentes de mi oficio: mas á Dios gracias son raros los que piensan así: si fuese lo contrario, dentro de poco habría que licenciar los tribunales como un ejército inútil. Afortunadamente pocas son las querellas que terminan así en una comida, entre un vaso de Borgoña y otro de Champagne.

—Escuchadme bien, maese Wolfgang, dijo Franz después de unos instantes de silencio: yo siempre he vivido en paz. Algunas veces he oído hablar de pleitos; pero jamás he tenido ninguno. Si como decís, se trata simplemente de una miserable lengua de tierra, ¿qué pleitear? ¿A qué venir á turbar mi tranquilidad por un interés tan mezquino? Os autorizo para desistir en mi nombre: quiero que el pleito, si está incoado ya, cese al momento: renuncio á todas las pretensiones que en la materia haya podido sostener la familia de Hildesheim. La herencia que me ha dejado el conde Segismundo es bastante buena, bastante vasta, bastante rica para que yo abandone sin pesar una media fanega de tierra. ¿Me habeis oído, maese Wolfgang? Es negocio concluido: si para cortar toda discusion es menester que yo os dé un poder en forma, hacedlo vos mismo y traédme mañana á firmar. No hablemos mas.

—Quisiera, señor Muller, quisiera con todas las fuerzas de mi alma poder acceder á vuestros deseos. Sois indudablemente digno de vivir en el siglo de oro; pero estamos en un siglo de hierro, y ya sabeis que hay un proverbio que dice: Adonde fueres haz como vieres. Si vuestros vecinos se os pareciesen, no tendríamos necesidad de pleitear: afortunadamente sus intenciones son muy distintas.

—Pero al cabo, repuso Muller lleno de impaciencia, si yo no quiero litigar ¿quién puede forzarme á ello?

—El fondo del proceso, contestó el procurador, es ciertamente de bien poco interés; pero en el litigio que sostenemos hay una cuestion de honor.

—No comprendo, maese Wolfgang, cómo puede el honor estar empeñado en este negocio.

—Voy á procurar hacéroslo comprender. El origen de la contestacion que nos ocupa data del año de 1760. El castillo de Hildesheim pertenecía entonces al abuelo del conde Segismundo. Dicho señor había confiado desgraciadamente la gestion de sus intereses á un hombre de muy dudosa capacidad. El procurador de que se valió careció de luces y de energía; de suerte que cuando el padre del conde Segismundo entró en posesion de sus estados, encontró entre los papeles de la familia un pleito en bastante mal estado. Acaso hubiera podido todavía enderezar el asunto y hasta sacar buen partido de él; pero para eso era menester algo mas que buena voluntad: era menester celo, actividad y constancia: desgraciadamente dejó pasar mucho tiempo sin llamarme. Por lo que hace al conde Segismundo, bien lo habeis conocido: era un excelente sujeto, pero que tenía tanta aversion como vos á los pleitos. Todo lo mas que pude obtener de él fué que no abandonase los derechos de su familia. Y qué, vos, su heredero universal, ¿tendréis la debilidad de renunciar á los derechos sostenidos

por tres generaciones, á quienes sucedeis? Una debilidad de tanto bulto ¿no merecerá quizá el nombre de cobardía? El objeto del litigio es nada en sí mismo; pero adquiere una importancia inmensa por la posicion respectiva de las partes. Los tres adversarios que están en el campo tienen obligacion de mantener sus derechos, so pena de deshonrar sus blason.

—¿Qué me hablais á mí de blason? En mi familia no ha habido nunca blason de ningun género.

—Y qué, ¿no vale nada el blason del conde Segismundo, que hasta ahora ha brillado sin mancha; el blason del hombre generoso que os ha legado todos sus estados? ¿No comprendéis que teneis un deber piadoso que llenar para con su memoria? Faltarle ahora, abandonando el pleito? ¿no valdria tanto como ser un ingrato?

—Confieso, respondió Muller algo confuso, confieso que hasta ahora no había comprendido así los deberes de la gratitud. Mi corazon rebose de respecto, de reconocimiento, de veneracion hácia la memoria del conde Segismundo: era el hombre mejor que he conocido; y si en este momento nos oye, estoy seguro de que aprueba mis intenciones. Yo sé que amaba la paz, que la amaba sobre todas las cosas: yo, como él, aborrezco las querellas. Os lo repito, si para ahogar este litigio es menester renunciar en forma á su objeto, renuncio desde ahora á él con la mejor voluntad; y ¡cuidado! que no creo ultrajar así la memoria del conde Segismundo.

—¿Es decir, señor Muller, repuso maese Wolfgang admirado hasta el estremo; es decir que con sola una palabra vais á manchar la memoria de tres generaciones? ¿Con que por amor de la paz, por evitarnos algunos disgustos, vais á declarar á la faz del país entero que el abuelo y el padre del conde Segismundo, que el conde Segismundo mismo han carecido de buen sentido, de razon, de perspicacia, de buena fé, de justicia? ¿Con que por amor á la paz no temeis... no os ruborizais de deshonrarlos?

Al oír estas palabras Muller saltó de su asiento como movido por un resorte.

—¿Cómo deshonrarlos! dijo: ¿cómo se entiende eso? Renunciando al pleito ¿acusó tres generaciones de estupidez ó de falta de probidad? Si la justicia de vuestra causa es tan notoria, si la realidad de vuestros títulos es tan evidente, ¿cómo es que en sesenta años no se han pronunciado los tribunales en favor de la familia de Hildesheim?

—La justicia, según la espresion de un poeta lírico, marcha con pasos muy lentos.

—Yo no sé lo que dijo el poeta lírico, repuso Muller muy irritado ya, ni quiero saberlo. Lo que sé es, que renuncio á ese pleito ridículo. Pensad de mí como querais; acusadme si gustais de ingratitud, de demencia: quiero vivir en paz, y no pleitearé.

—No comprendo bien, señor Muller, qué ridiculez encontráis en este litigio: al contrario; al conde Segismundo, á su padre, á su abuelo, á todos los hombres competentes les ha parecido muy serio.

—Bien: creo de buen grado que teneis confianza plena en la legitimidad de los derechos que me escitais á sostener; pero al cabo esa lengua de tierra ó me pertenece ó no. Si lo primero, tengo el incontestable derecho de regalarla á mis adversarios: si lo segundo, no hago mas que restituir lo que no me pertenece.

—Sin duda alguna: todo es la pura verdad. Pero ahí hay una generosidad que puede costaros cara. Aquí os traigo una nota de los gastos hechos desde 1760: asciende á 20,000 florines. Si quereis pagarlos, mi ministerio os es completamente innecesario.

En último caso, señor Muller, aquí teneis el proceso: examinadlo detenidamente, y juzgad vos mismo qué partido se puede tomar. Dijo, y saludando con el mas profundo respeto se retiró.

Franz llevaba ya tres horas revolviendo y examinando los papeles que le había dejado maese Wolfgang, cuando Edith entró seguida de los niños. Arrojóse al cuello de su marido, que por primera vez recibió sus caricias con frialdad. Llegó la hora de cenar: Muller estuvo serio, taciturno. Al acabar de cenar, Edith le quiso obsequiar sentándose al clave: Muller respondió á este mimo de su muger con un movimiento de impaciencia. Vinieron los niños á jugar con él: Franz los rechazó y se fué á encerrarse en su cuarto. Cuando amaneció aun no había terminado su lectura. Por último, no pudiendo mas, se acostó: mas apenas había cerrado los ojos, fué despertado por el sonido de una trompa y los ladridos de una multitud de perros que atronaban el espacio. Era el mayor Bildmann que salía á caza muy fresco y muy lozano, después de haber pasado una noche deliciosa.

(Continuará.)

LA BATALLA DE LEPANTO.

El año de 1570 tocaba á su fin. El nombre español resonaba aún victorioso y temido por todo el ámbito de la tierra, y la monarquía de España había llegado á ser la potencia mas floreciente y poderosa de Europa. Abatido el pabellon mahometano, espulsados sus secuaces de la Península después de una lucha tan prolongada como sangrienta, los españoles, no teniendo enemigos que combatir en su propio país, habían atravesado los mares, y animados de aquel espíritu conquistador que no encontraba espacio suficiente para contener sus glorias, habían roto los límites del mundo conocido, descubriendo un nuevo continente. El leon castellano había alcanzado su presa, y sus deseos estaban cumplidos, su ambicion satisfecha. Con el descubrimiento de las Américas, la Península ibérica había ensanchado de tal manera sus dominios, que el sol alumbraba constantemente su territorio; la gloria de sus armas se había elevado á una altura á que jamás pudo llegar nacion alguna. La corona de sus victorias se hallaba concluida, y ambos mundos habían contribuido con sus tesoros á adornarla. Diamantes de inmenso valor se ostentaban en ella con profusion; pero aun quedaba un pequeño vacío, y era forzoso que la piedra que lo ocupase no desmereciese de las demás en magnificencia. Pueblos y ciudades, provincias y naciones, príncipes y reyes, en su calidad de vencidos, habían rendido homenaje á aquella corona; habían labrado parte de sus laureles. Por eso todos la respetaban, todos la contemplan con admiracion. Tambien los

monarcas españoles habían temido empañar su brillo, y no osaron colocarla sobre sus sienas. La época, sin embargo, en que debían ceñirse esta corona estaba señalada: era el año de 1571. Felipe II debía adornar con ella su frente, y el día en que había de verificarse tan solemne acto era el 7 de octubre. Pocos meses faltaban ya para el vencimiento del plazo, y se hacia indispensable completar el adorno. Dificil parecia la adquisicion de tan preciosa joya; todos los españoles estaban igualmente interesados en ello; pero se había recorrido mucho en su busca sin resultado, y ya desconfiaban de hallarla, cuando en la ciudad eterna resonó un grito, que, repitiéndose por toda Europa, dejó oírse con distincion en la Península ibérica el nombre de Lepanto.

Pío V, cuyas grandes virtudes lo elevaron á la alta dignidad que ocupaba, había indicado desde la silla de San Pedro el sitio en que podía encontrar aquel diamante, destinado á ser el complemento de la corona. Movido por su ardiente celo en defensa de la Iglesia, pidió auxilio contra los turcos, que tenían invadida la isla de Chipre, perteneciente á los venecianos. Diseminados mas por la política que por la religion la mayor parte de los soberanos de Europa, fueron pocos los que respondieron al llamamiento del Sumo Pontífice; pero Felipe II, eminentemente católico, no vaciló en acudir á la invitacion de Su Santidad, y España, esta nacion en aquella época tan poderosa, cuyos hijos tenían dadas tantas y tan repetidas pruebas de grandeza y valor contra los moriscos, se unió con el Papa para abatir la formidable potencia otomana. Arregladas las condiciones de la liga, fué tal la celeridad con que se hicieron los preparativos, que el 16 de setiembre del referido año se hallaba en Mesina una flota de mas de doscientos cincuenta bajeles de guerra y cincuenta mil hombres, al mando de D. Juan de Austria, que fué nombrado generalísimo de la armada, llevando á sus órdenes al comendador mayor de Castilla, á los capitanes D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, al príncipe D. Juan Andrés Doria, y á los generales de las galeras italianas y venecianas, Marco Antonio Coloma y Venerio.

No se descuidó el gran turco al ver el peligro que le amenazaba; con la mayor actividad equipó una flota de 280 galeras y un gran número de buques menores, y encargó al bajá Hali del mando de estas fuerzas, que haciéndose inmediatamente á la vela llegaron á la costa occidental de Grecia, al tiempo que las de los cristianos salían de Sicilia.

D. Juan de Austria, habiendo pasado revista á su escuadra en Corfú y decidido el plan de operaciones, dirigió su rumbo hácia el golfo de Lepanto, donde el 7 de octubre se encontraron ambas escuadras.

La vista del mar ofrecia por aquella parte un magnífico espectáculo. La azulada superficie de las aguas, ocupada en una larga estension por los buques de guerra de una y otra parte, figuraba un pueblo inmenso que se levantaba orgulloso de haber puesto sus cimientos sobre las inseguras olas del Océano. La diversidad de colores de los pabellones que se ostentaban en los buques, y que agitados por la brisa retrataban sus ondulaciones en las aguas, completaba tan bella perspectiva.

La vanguardia de nuestra escuadra con cincuenta y cuatro galeras, pabellon verde, mandada por D. Juan Andrés Doria, formaba en el combate el ala derecha; D. Juan de Austria, el Comendador de Castilla y los generales de Venecia y del Papa con sesenta y cuatro galeras, bandera azul, componian el cuerpo de batalla; y el resto de la escuadra, que se distinguia por el color amarillo de sus banderas, ocupaba el ala izquierda, que mandaba D. Alvaro Bazan, quedando de respeto para acudir adonde fuese necesario.

Los turcos salieron de la boca del golfo, y ordenadas sus galeras en forma de semicírculo hicieron un disparo de cañon contra la Capitana de nuestra armada. Esta fué la señal del combate, que empezó con encarnizamiento, repitiéndose por mucho tiempo las descargas de la artillería de una y otra parte. Don Juan de Austria y el bajá Hali se batieron con la mayor intrepidez; los españoles, llenos de entusiasmo, vinieron tres veces al abordaje, y otras tantas fueron rechazadas con gran pérdida de gente, hasta que llegado un pequeño refuerzo volvieron á acometer con mayor obstinacion, haciendo que en breve tremolase el estandarte de la Cruz donde poco antes se ostentaba el pabellon mahometano. Un grito de victoria resonó por toda la flota cristiana, llenando de terror á los infieles; el almirante turco había sido muerto y su cabeza aparecia colgada del gran mástil; los que se hallaban á bordo, parte fueron pasados á cuchillo y parte quedaron prisioneros, contándose en el número de estos dos hijos del bajá. Tal era el estado de la Capitana de los turcos. Sin embargo, el estruendo del cañon continuaba sin interrupcion, y llenos de coraje los combatientes, hacian uso de toda clase de armas. La matanza era igual y la victoria indecisa. El corsario Bluciali había causado un gran destrozo en el ala derecha de nuestra armada. Quanto mas se empeñaba el combate, tanto mayor era la confusion y gritaría; el humo de la pólvora ocultaba la luz del sol; en la superficie de las aguas solo se veian cadáveres, miembros mutilados, armas y galeras destrozadas; y aquel espacio, que pocas horas antes ofrecia tan bella perspectiva, presentaba ya el cuadro mas horroroso.

La victoria al fin se declaró por los aliados. Los cristianos cautivos rompieron las cadenas, y echándose sobre sus enemigos vengaron con valor los insultos que habían sufrido.

Aterrados los turcos emprendieron precipitadamente la retirada, y abandonando sus bajeles se refugiaron en las riberas de Livonia y en las costas sujetas á su imperio.

Así terminó esta batalla memorable, que inmortalizó el nombre de Lepanto, legando á España una de las páginas mas brillantes para su historia. Los cristianos tuvieron de pérdida diez mil hombres; pero rescataron quince mil esclavos. De los turcos treinta mil hombres perecieron en la batalla y diez mil quedaron prisioneros, á mas de ciento treinta galeras que fueron apresadas, otras treinta que se echaron á pique, y veinticinco que se quemaron.

La nueva de esta victoria se celebró en todas partes con fiestas y regocijos públicos. La fama publicó con admiracion del mundo entero el nombre de D. Juan de Austria como el vengador de la cristiandad, y Felipe II adquirió entonces el precioso diamante que faltaba para adornar la corona de las glorias de España.

J. MARIA VILLANUEVA.

ESPOSICION UNIVERSAL.

Objetos varios.

LA ESCLAVA GRIEGA.

Esta magnífica estatua, trabajada en los talleres del ya célebre Power, llamó mucho la atención y obtuvo grandes y merecidos elogios de la multitud que se agolpaba diariamente al Palacio de Cristal. No puede negarse el mérito de su ejecución, que honra verdaderamente al mencionado artista, conocido y apreciado con justicia por otras muchas obras de escultura. La actitud de la *Esclava* es elegante y noble, y todos los pormenores de la figura están trabajados con un conocimiento profundo del objeto que contribuye a representar, artísticamente hablando.

Es sin disputa una de las mejores obras de Power.

PISTOLAS DE MR. DEVISME.

En mas de una ocasion nos hemos ocupado de este artista, que es, sin disputa, el armero mas hábil y mas popular de nuestro tiempo, pues ha revestido su profesion de tal gusto, ha estudiado con tanta conciencia los peligros de sus mortíferas producciones, que los ha inutilizado completamente.

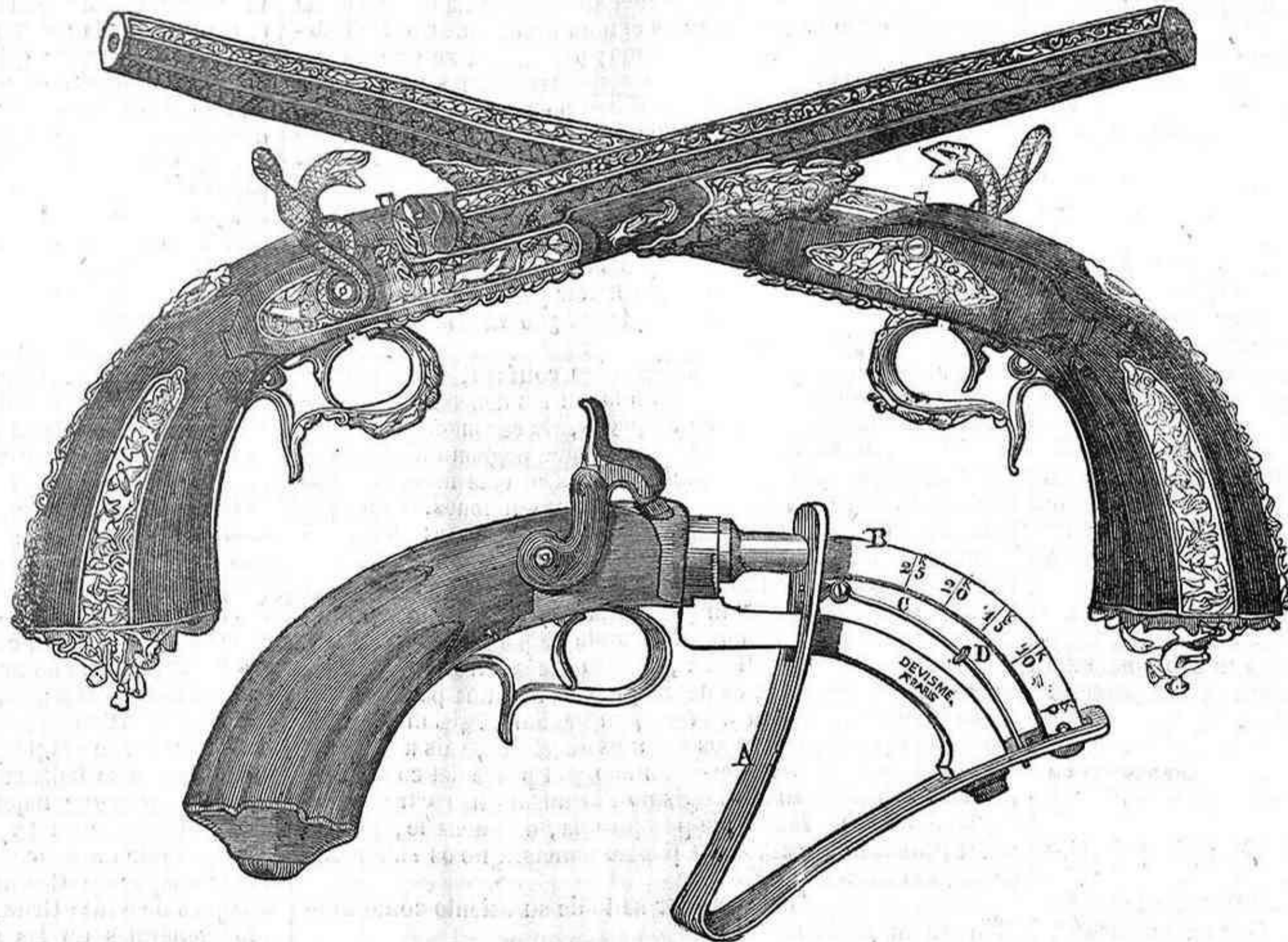
Las dos pistolas cruzadas, cuyo grabado presentamos, son dos armas de una seguridad sorprendente.

APARATO PARA PROBAR LA PÓLVORA.

Al mismo Mr. Devisme, autor de las pistolas cruzadas, cuya seguridad hemos recomendado, se debe la invencion de un ingenioso aparato, por medio del cual se puede experimentar la pólvora, antes de cargarse un arma cualquiera. Debe hacerse un estudio muy particular y detenido de esta dosis, que juega un papel importantísimo en la cuestion de seguridad.

CANOA DEL CANADÁ.

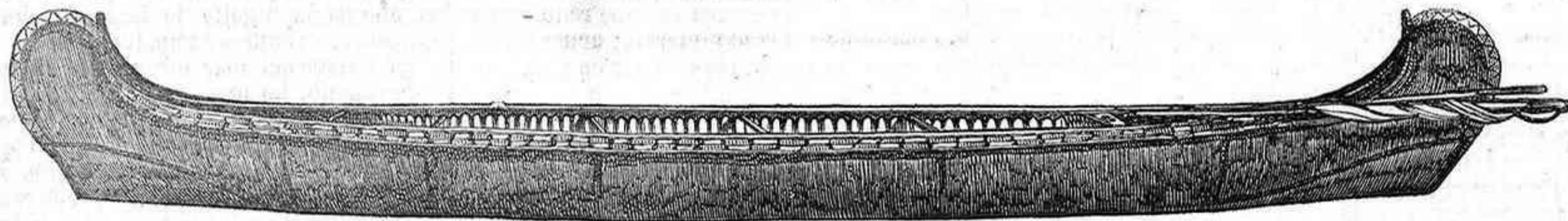
Al reproducir el grabado de la frágil embarcacion con que los salvajes del Canadá y de las Floridas desafian el furor



Pistolas de M. Devisme.—Aparato para probar la pólvora.

por la culata, su nombre permanecerá unido á los mas grandes adelantos en este género.

Su escopeta de báscula es una prueba del esmero con que se dedica á la perfeccion de los objetos propios de su arte, al cual se ha consagrado con entera conviccion y decidido empeño.

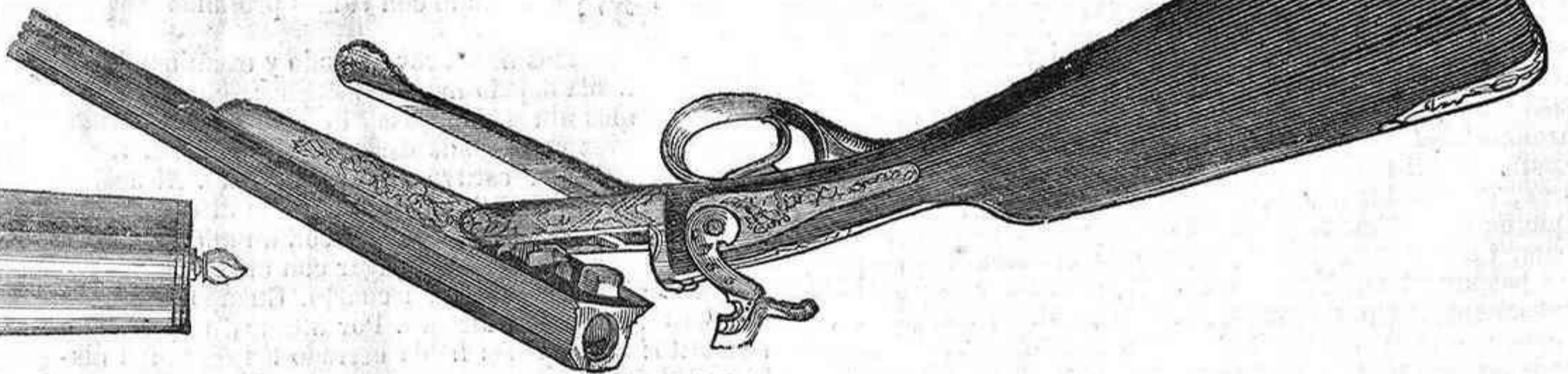
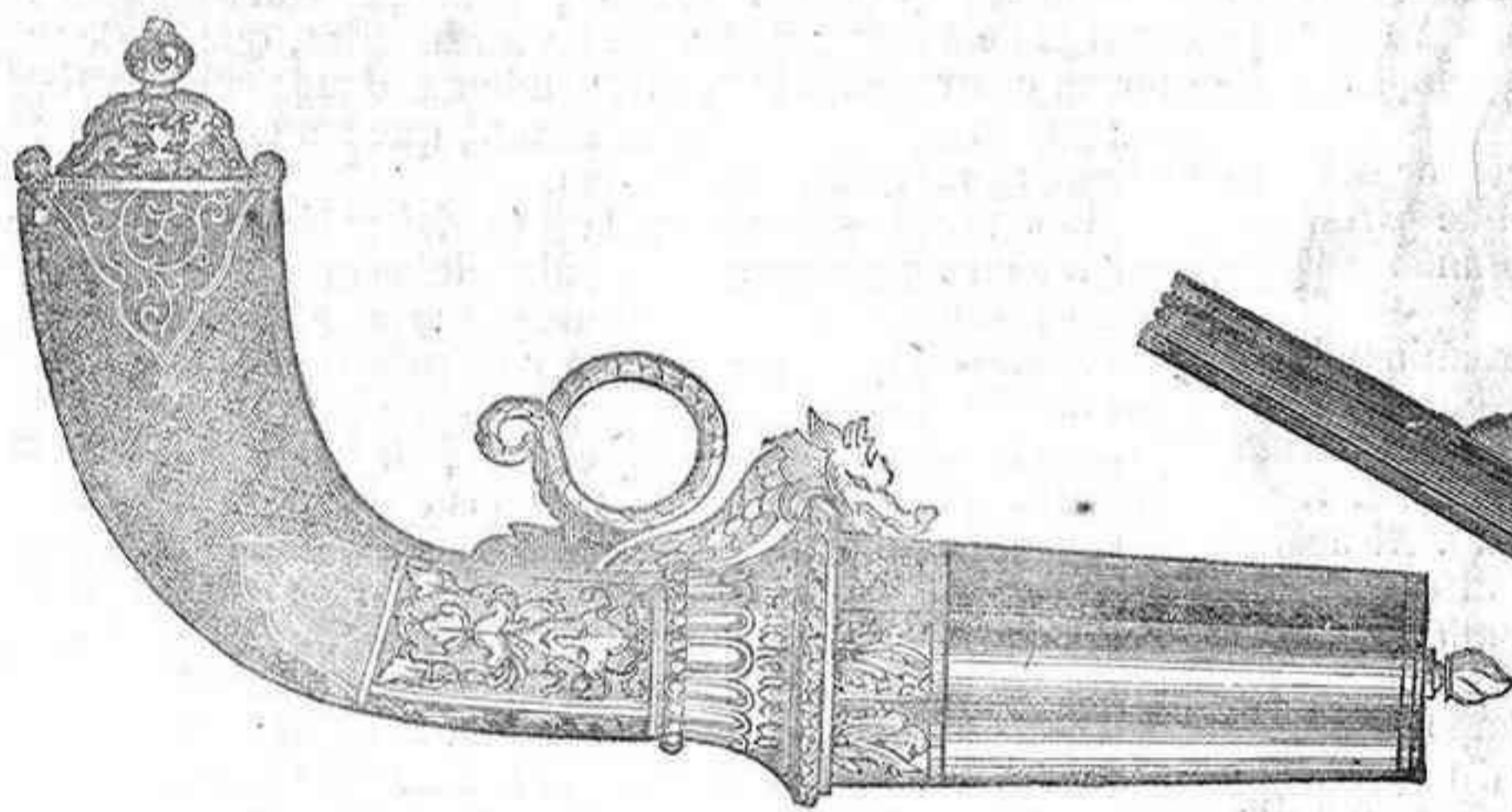


Canoa del Canadá.

PISTOLA DE SEIS TIROS.

Las pistolas de cuatro y seis tiros, inventadas por Mr. Lefaucheur, tienen ventajas que es preciso saber aprovechar,

como medios prontos de defensa, particularmente en los viajes. Después que sale el primer tiro, basta volver á armar para preparar el segundo, y así del tercero y de los demás. El precio de esta útil y preciosa arma es poco elevado,



Escopeta de báscula.—Pistola de seis tiros.

de las corrientes de los rios y de los grandes lagos, no tenemos otro objeto que consignar el interés con que fué acogido en el Palacio de Cristal un modelo de dichas canoas, remitido de los Estados Unidos de América.

Se puede afirmar que los salvajes no necesitan del vapor para la rapidez con que cruzan las aguas de sus lagos: sus canoas son ligerísimas, y rara vez acontece que lleguen á sumergirse, por la gran práctica y habilidad de sus remeros, que salvan los escollos con una serenidad pasmosa. Basta á veces un golpe de remo para lanzar una de dichas canoas hasta una distancia increíble.

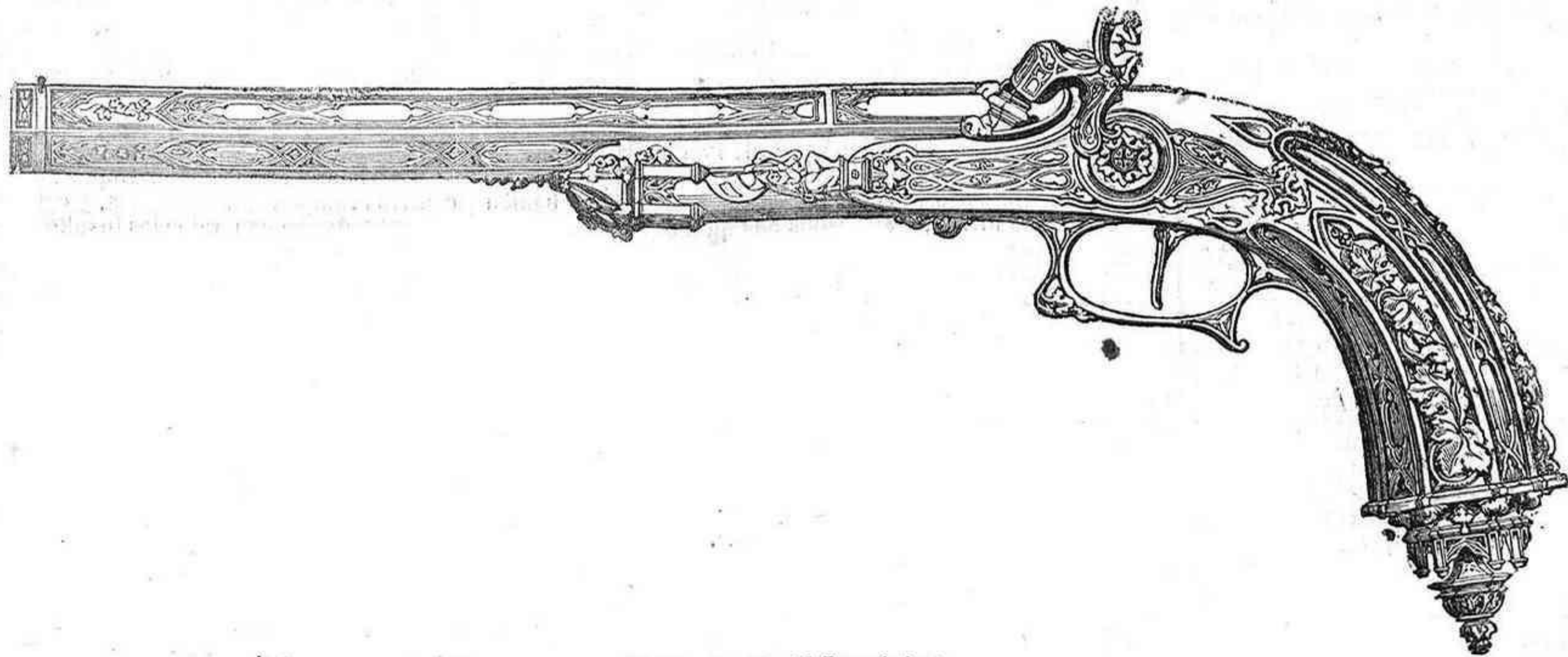
ESCOPEA DE BÁSCULA.

Mr. Lefaucheur es un hombre feliz, pues sea cual fuere el porvenir de las armas de fuego que se carguen

ra puede ser de la jóven ó de un amigo. Ella pide á las aguas que la purifiquen y le aseguren la felicidad.

Esta obra y la que hemos citado pertenecen á los obradores de MM. Hunt y Roskell, de Londres. Para cuantos conocen la antigua casa Mortimer y Storr, la perfeccion de sus obras artísticas nada tiene de sorprendente.

Esta obra y la que hemos citado pertenecen á los obradores de MM. Hunt y Roskell, de Londres. Para cuantos conocen la antigua casa Mortimer y Storr, la perfeccion de sus obras artísticas nada tiene de sorprendente.



Pistola al estilo del Renacimiento.

por lo que es de esperar que su uso se generalice muy pronto.

PISTOLA AL ESTILO DEL RENACIMIENTO.

Estas armas son las mas superiores por las delicadas esculturas que las adornan. Tanto la reina de Inglaterra como el príncipe Alberto las han admirado, y los inteligentes las celebran mucho, pagando de este modo un tributo de justicia al talento de Lienard, que ha dado pruebas de ser un verdadero artista.

ARIEL DIRIGIENDO EL RAYO.

El asunto de la segunda estatua de Mr. Barry está tomado de la *Tempestad* de Shakespeare. Es Ariel, el gran agitador de la isla en que se halla Caliban. Hay evocacion en esa actitud osada, movimiento en los pliegues del manto que rodea el cuerpo de Ariel, y cierta energía en esos brazos, uno de los cuales sujeta el hilo conductor que va á despedir el rayo adonde le plazca al dios de las tempestades.

Mr. Barry sigue una buena escuela, porque en los dos asuntos de *Ariel* y *La Caridad*, tan diferentes uno de otro, ha sabido revelar con exactitud, fuerza y pureza á un mismo tiempo, el sentimiento que debe dominar en ellos.

LA CARIDAD.

Tanto esta estatua como la de Ariel, han sido trabajadas por mis-

ter Barry, que es hace muchos años el artista encargado de los modelos de la casa Thomas, de Londres. En la actitud, en los pliegues del traje, en la pureza del dibujo, y sobre todo en el conjunto de la figura *La Caridad*, se encuentra el verdadero culto del arte antiguo.

Así el niño que descansa en sus brazos, como el que se agarra á su largo ropaje, son dos figuras llenas de expresion.

JOVEN INDIANA DEPOSITANDO SU LÁMPARA EN LAS AGUAS DEL GANGES.

Ya hicimos mencion, en otro de nuestros números, de la

jóven indiana en el acto de coger una planta consagrada. La estatua cuyo dibujo ofrecemos hoy, representa otra jóven dejando caer su lámpara en las aguas del Ganges. Ya se sabe que la lámpara es un simbolo en la India, y la que aquí figu-

PISTOLA AL ESTILO GÓTICO.

Mr. Garvain, de París, es un artista de gran mérito, como lo ha probado presentando en la Exposicion sus hermosísimas pistolas al estilo gótico, con trabajos de cinceladura ejecutados sobre la parte maciza del cañon. Estas obras, de una delicadeza exquisita, requieren mucho tiempo y gran paciencia, pero tambien acreditan para siempre á un artista, cuando se



Ariel dirigiendo el rayo.

manifiestan tan acabadas y perfectas como las de Mr. Garvain.

CÁLIZ POR MR. ANGELL.

No podemos menos de tributar nuestros mas sinceros elogios al artista José Angell, de Londres, por su precioso cáliz lleno de cinceladuras de un estilo severo. Todas las obras de este autor son originales, y en la Exposicion Universal presento las siguientes, de algunas de las cuales nos hemos ocupado:

Un servicio para té, un cubilete, el cáliz mencionado y un magnífico garrafon para vino.

La platería de Mr. Angell ha adquirido una fama que puede llamarse europea por la perfeccion de sus trabajos

IBILIOS DE GESNER.

EL PRIMER NAVEGANTE.

AREMIRP ETRAP.

Desde la fatal noche en que el promontorio donde se elevaba la cabaña de Milon, fué á causa de un fuerte sacudimiento de la tierra, separado del continente, habian trascurrido largos años de duelo y de amargura. El solitario albergue se hallaba situado en una isleta tan distante de la tierra firme que aun cuando las auras tranquilamente se adormecian, los abandonados habitantes no alcanzaban á oír el mugido de los bueyes que pacian en las lejanas y azules costas.

Privada de aquellos placeres que se gozan en el bullicio del mundo y en el seno de la amistad, Semira contaba sus largos y penosos dias al lado de la única persona que dividia con ella los goces y las penas de su existencia, al lado de su querida hija Mérida, que por su belleza extraordinaria era muy digna de ocupar el primer lugar entre las mas hechiceras ninfas.

Semira, solícita siempre en evitar á su hija la mas leve inquietud que hubiera podido amargar su soledad, y temiendo despertar en ella el deseo de disfrutar aquellos goces de que parecia estar privada para siempre, tenia el mayor cuidado en no hacerle la menor indicacion sobre los placeres sociales y domésticos de que ella en un tiempo habia gozado. No dejaba sin embargo de alimentar el triste recuerdo de su pasada ventura, visitando todos los dias el sepulcro de Milon, donde daba algun desahogo á sus profundas penas, derramando un torrente de lágrimas.—«¡Ah! ¡ya no existes! exclamaba con lastimero acento, interrumpido por los sollozos: ¡ya no existes, único apoyo de mi vida, protector de nuestra miseria! Abandonadas en este recinto solitario, rodeadas por todas partes del tempestuoso Océano, ¡qué suerte tan horrible nos está reservada! ¡Sin que haya un corazón que de nuestra desgracia se apiade, ni una persona que nos pueda prestar socorro! ¡Ah! Mas valiera, querida hija mia, que cerraras los ojos al mundo; á tal punto ha llegado nuestra miseria, que este es el deseo mas vivo de mi alma. Mis cansados años tocan á su termino, y tú en la primavera de la vida quedarás sola y sin amparo alguno. ¡Horrible idea! Sola, en medio de las ondas, sin otro compañero que tu dolor. Ninguna voz humana resonará en tu oido; jamás te complacerán los dulces acentos del amor; jamás el tierno infante te hará feliz al pronunciar el nombre de madre. Ni un acento de alegría se escuchará en estas desiertas playas; el eco solo de tus lamentos resonará entre estas escarpadas rocas; el dolor irá consumiendo poco á poco tus verdes años, y abandonada exhalarás el último suspiro, sin que las lágrimas del amor vengan á mitigar el quebranto de tu postrar adios al mundo. Tu hechicero cuerpo permanecerá insepulto, ó será, ¡horrible pensamiento! presa de las aves de rapiña. ¡Eco de esas montañas, no laves hasta ella mis profundos lamentos; y vosotras, sombras solitarias, ocultadle mi infortunio! Que aun pueda por algun tiempo conservar sus ilusiones, y no llegue á adivinar todo lo terrible de la suerte que le está reservada.»

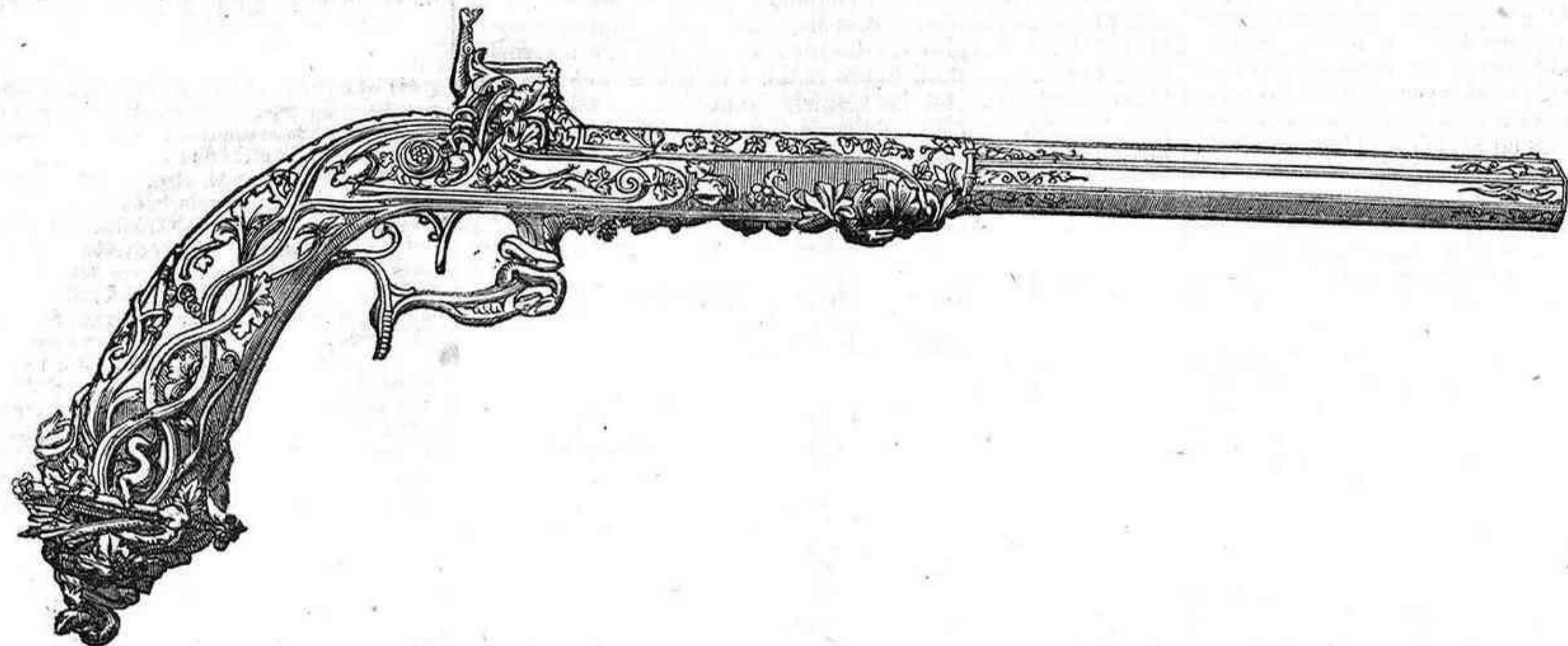
Mérida en tanto se complacia en perseguir á los pájaros, los cuales no tenian necesidad de protector, porque las olas eran un obstáculo á su huida, y no podian salir del estrecho recinto de la isla; no habia flor á quien el sol ó el viento hiciera inclinar su argentada corola, que en la bella jóven no encontrase abrigo. Habia dispuesto los jardines de manera que un cristalino arroyuelo corriese, murmurando por entre las flores, á sepultarse en un ancho es-



La Caridad.



Jóven indiana depositando su lámpara en el Ganges.



Pistola al estilo gótico.

tanque. Alrededor de la isla, ella misma habia plantado una doble hilera de árboles, á cuya débil sombra se divertia en pasear solitaria y bella como la fabulosa Venus, reposando á veces en una gruta situada á la orilla del mar: un jazmin que estendia sus ramas á la entrada de este delicioso albergue esparcia con sus nevadas flores un blando y agradable perfume. En medio de estos inocentes placeres, rápidas volaban las horas, sin que fijase Mérida su pensamiento en la soledad en que se encontraba.

Mas apenas habia cumplido el tercer lustro, silenciosa y abatida vagaba por el frondoso bosque, ó muellemente recostada sobre la menuda yerba revelaba así sus secretos pensamientos. «¡Ah! ¡por qué los dioses nos han reducido á esta espantosa soledad! Mil veces mas desgraciadas que todos los otros seres, ¿cuál es el fin para que hemos sido criadas, y por qué así se prolonga nuestra existencia? ¡Ay de mí! bien conozco que no salí de la mano del Criador para pasar esta vida solitaria; debe sin duda habernos colocado en esta situacion alguna estraña circunstancia, que mi madre procura siempre ocultarme: sus ojos me revelan un fatal misterio, y cuando me empeño en descubrirlo, á sus párpados asoman las lágrimas, que en vano intenta contener. Ella me dice que ponga mi confianza en la sabiduría del Criador, porque mi destino se halla en sus manos; pues bien, no tendré la osadía de querer adivinar este secreto; en silencio, y con una resignacion tranquila, aguardaré mi suerte, por muy triste que sea la que me está reservada.»

Muchas veces, fijando la vista en el dilatado Océano, exclamaba:—Decidme, agitadas olas, ¿es esta pequeña isla la única tierra que circundais, ó bañais por ventura alguna otra costa, que por hallarse distante no pueden distinguir mis ojos? Mi madre me lo niega; pero el dolor que la agita está en contradiccion con sus palabras. ¡Oh! seguramente existe otro país mas estenso que el que habitamos. ¿Qué es pues esa dilatada línea, que como una nube se presenta inmóvil allá en el fondo? Acaso mi imaginacion me engaña; pero muchas veces, en el profundo silencio de la noche, creo escuchar el eco suave de voces que resuenan á alguna distancia de esta isla. ¡Ah! no hay duda; otra tierra existe, y si bien parece á mis ojos tan pequeña, debo atribuirlo á la distancia que de ella me separa: sí, mas de una vez me he fijado en esta estraña trasformacion; tambien mi choza, cuando desde el estremo opuesto de esta isla he dirigido á ella mis miradas, me ha parecido mas pequeña de lo que en realidad es; y si en aquella tierra que vislumbro hay como en esta frondosos árboles y pintorescos prados, deben existir tambien criaturas que acaso sean diferentes de nosotras. ¡Oh! ¡si fuera esto cierto!... Solo el pensarlo me hace palpitar el corazón. Si hubiera una tierra habitada por seres como nosotras, y si existieran muchos! ¡Oh, dichosos, dichosos mil veces!... Lejos de mí imágenes seductoras!... y vosotras, agitadas olas, si vais á estrellaros contra aquella costa, decid á aquellos afortunados habitantes que una infeliz doncella suspira y gime en la arenosa orilla de esta isla desierta.

Otras veces, hablando con Semira, exclamaba:—Dime, madre mia, ¿por qué hemos de continuar viviendo en esta soledad? Todos los demás seres se multiplican: de los árboles brotan nuevos retoños, y cada año nuestro ganado se aumenta, nuestras ovejas se regocijan con sus hijuelos, y las aves... ¡Ah! no hace mucho que encontré un oculto nido que dos de ellas habian formado, y en donde pusieron cuatro huevecitos: era admirable el cuidado con que la una los cubria con sus ligeras alas, en tanto que la otra, meciéndose en las ramas de un



Cáliz.

árbol vecino, divertia con dulces y sentidos gorgoros á su compañera. Todos los dias me acercaba á reconocer el nido, y á poco tiempo vi en lugar de los huevos cuatro avejillas, desnudas enteramente de plumas; las dos mayores se solazaban en torno, poseidas de un contento que no hay palabras con qué espresarle, y les daban con su pico el alimento, que las recién nacidas recibian batiendo alegremente las alas. Poco á poco se fueron cubriendo de plumas é intentaron salir del nido para colocarse sobre las ramas de un árbol, precedidas de los que les habian dado el ser, y que agitando sus alas mostraban querer enseñarles é infundirles valor. ¡Ah! madre mia

¡qué espectáculo tan interesante! Aquellas avecillas iban poco á poco desplegando sus alas como para volar, y de repente las recogían llenas de temor. Por último, la mas atrevida levantó su vuelo y cantó en los aires para espresar su alegría, y no tardaron las otras en seguir su ejemplo. ¡Oh! madre querida, ocupa mi mente un extraño pensamiento: ¿por qué ha sido negada á nosotras semejante dicha?

Dudaba Semira qué respuesta darla, y en medio de su confusión habló de esta manera:

—Tan ignorante como tú estoy de todo eso, hija mia; deja esos ociosos pensamientos que no hacen otra cosa que emponzoñar tu vida y robarte la tranquilidad; no trates de descubrir el misterio que los dioses te ocultan; confía en ellos, que tarde ó temprano fijarán el destino como mejor lo estimen en su suprema sabiduría. Mucho sufro al ver que alimentas esas inútiles ideas; cultiva las flores, distraete con tus inocentes juegos, y deja de hacerte preguntas á las cuales no puedo contestar. Desde que esos extraños pensamientos se apoderaron de tí, no atiendes á aquellas ocupaciones con que antes entretenías las largas horas; no te ocurre ya otra idea que la de atormentarte y causarme á la vez disgusto. Has cesado de adornar tu deliciosa gruta, y veo que privadas de tu cuidado se marchitan las tempranas flores que eran en un tiempo tu único recreo.

Así pasaban Semira y su hija una vida solitaria y llena de inquietudes; pero los dioses escucharon sus quejas y resolvieron premiar sus sufrimientos. Cupido tomó á su cargo esta agradable comision, como mas instruido que cualquiera otra de las divinidades celestes, del modo de hacer feliz á una doncella.

En la opuesta playa vivia un jóven, que por los atractivos de su persona, y la gracia y sultura de sus modales, pudiera ser considerado como una divinidad del Olimpo; su padre le hablaba con frecuencia del acontecimiento que en una fatal noche habia llenado de terror á toda la comarca. «¿Ves, le decía, aquel punto negro que se divisa en lontananza (y señalaba con el dedo hacia la isla)? era en otro tiempo un promontorio en donde pasaban una vida feliz y tranquila dos seres bendecidos por el cielo, Milon y Semira: dilatados campos y praderas unian á aquella tierra con la que nosotros habitamos, y numerosos ganados pacían en sus riberas. El cielo les concedió una hija, que era un portento de hermosura y de bondad, y desde los lugares mas apartados de la comarca acudían sus moradores á admirar á aquella belleza sobrenatural y á felicitar á sus padres por semejante dicha. ¡Ah! Un extraño terror me domina cuando pienso en la terrible suerte que les estaba reservada. En la mitad de la noche se dejó oír en toda la comarca un horrible estruendo, la tierra se estremeció fuertemente, el mar lanzó terribles rugidos, y un tumulto espantoso resonó en sus riberas; desesperados gritos se escucharon en medio del silencio y la oscuridad, sin que nadie pudiese adivinar la causa de la destruccion que nos amenazaba; trémulos y horrorizados aguardamos el fin de esta funesta noche: ¡ay hijo mio! Los primeros albores presentaron á nuestra vista una espantosa escena: el mar tempestuoso levantaba al cielo sus olas, como si fueran montañas, y aquellas cubrían los campos que antes unian el promontorio á nuestras costas. Cuando la rosada luz de la mañana iluminó la superficie del mar, cuya furia iba ya cediendo, descubrimos aquella isla distante, y uno de nosotros creyó distinguir la cabaña de Milon y los árboles que la rodeaban. Acaso gozará este todavía de las auras de la vida en union con su apasionada compañera; tal vez vagará por entre aquellas sombras solitarias su hija Melida, la mas linda doncella que ha podido verse jamás en este mundo.»

Estas palabras causaron profunda impresion en el ánimo del jóven, y desde entonces se complacía en vagar por la orilla del mar pensando en el cruel destino de los habitantes de la isleta. Un dia en que se hallaba profundamente dormido, arrullado por el murmullo de las olas, Cupido, después de refrescarle la frente con sus húmedas alas, para evitar que los rayos del sol le despertasen, le hizo soñar de esta manera:

Creiose el jóven trasportado á la orilla de la isleta y ver un grupo de amorcillos que trataban de ocultarse entre las flores para no revelar el sentimiento de que estaban poseídos. Mientras tenia fijos sus ojos en esta escena, vió venir pausadamente hacia él una doncella, hermosa como el amor, que él solo y una imaginacion ardiente la pueden representar: la severidad de su mirada daba á conocer que un pensamiento profundo la dominaba; el velo que cubria su cabeza caía en desorden sobre la espalda y el pecho, que en blancura escedían al alabastro: sus mejillas se hallaban cubiertas de una suave palidez, como rosas que van perdiendo sus colores en el seno de una virgen, y ardientes lágrimas empañaban el brillo de sus rasgados ojos. Ella se adelantaba sin cuidarse del céfiro que jugueteaba con su ondeante vestido, sin fijar sus ojos en las tempranas frutas que pendían de los árboles y en las vistosas flores que esmaltaban el suelo y esparcían por los aires un delicado perfume; dirigía sus pasos hacia la playa, y tristemente fijaba sus ojos en la lejana orilla, levantando de vez en cuando los brazos, como para demandar socorro. El jóven soñaba atravesar el mar y reunirse á la encantadora doncella; se creía trasportado á sus brazos en alas de Cupido, mientras que fugaces amorcillos, vagando en torno, le coronaban de flores; su corazón latía con violencia, sus mejillas se teñían de un color sonrosado, y extendía las manos en actitud de dar un abrazo. Despertó al fin la agitacion que le dominaba y permaneció por largo tiempo sumergido en un éxtasis delicioso. «¿Dónde estoy? exclamó poseído del mas vivo sentimiento. Ella ha desaparecido, rehusando admitir mis caricias. Ah! la isla se halla á bastante distancia: este lisonjero sueño ha arrebatado la paz de mi corazón y me ha hecho infeliz!» Desde aquel momento no se complacía en otra cosa que en vagar por la desierta playa, ora exhalando profundos suspiros, ora fijando aterrado su vista en la menuda arena, ora en fin dirigiéndola á las revueltas olas que iban á estrellarse en la opuesta orilla. Muchas veces, cuando la argentada luz de la luna difundía sus tibios rayos y el mas leve rumor no turbaba el silencio de la noche, recostado en la arena fijaba atento el oído, esperando que llegase hasta él algun acento humano, y creía escuchar lastimeros quejidos pronunciados por una dulce y simpática voz. A veces hablaba y le parecía hallar respuesta á sus palabras; á veces creía divisar en la isla desierta

una luz y el reflejo de las llamas, no siendo en realidad otra cosa que el resplandor de las estrellas.

—«Tal vez, exclamaba, la abandonada doncella tendrá ahora fijos sus ojos en aquella solitaria llama, y pensando en su desgraciada suerte pasará las horas de la noche en quejas y sollozos. Volad, apacibles vientos, volad hacia aquella desierta costa, y haced que lleguen á los oídos de esa doliente hermosura los suspiros de mi alma enamorada.»

«Mas por qué me dejo arrebatado, decía á veces entre sí, por los delirios de mi imaginacion? ¡Infeliz de mí! Cuando el sueño cierra mis ojos, se me presenta una imagen seductora que jamás he visto, y cuando despierto, en vez de desvanecerse, se halla profundamente grabada en mi corazón y domina todos mis sentimientos. ¿Es acaso el objeto de mi pasión una sombra que me persigue sin descanso? por donde quiera que voy la encuentro siempre á mi lado, y alimentando la llama abrasadora que consume mi pecho, me arrastra con invencible fuerza hacia esta solitaria orilla. Ah! yo debo avergonzarme de esta debilidad, debo recobrar mi razón y tratar de adquirir la calma y el contento de que antes disfrutaba. Al fin lograré dar al olvido mis extraños pensamientos, y no volviendo á pisar esta playa dejaré de ser objeto de burla para mis compañeros.» Pero en vano procuraba triunfar de su pasión; inútiles eran todos sus esfuerzos, porque ni un instante le abandonaba la encantadora vision, y un poder invisible lo arrastraba hacia aquel apartado sitio. «Es posible, soberanos dioses, exclamaba al fin poseído del mas profundo dolor, que esta pasión sin esperanza deba atormentar siempre mi existencia? ¿Que un sueño, una ilusion vana siembre la amargura en mis tempranos años? No, no puede ser esta una vision de aquellas que suele crear la fantasía; jamás pude concebir la idea de una belleza tan perfecta como la que ahora se presenta á mi imaginacion; no hay duda, alguna divinidad me ha inspirado este sueño, y cualquiera que sea el fin que tuvo al inspirármelo, no me es permitido adivinarlo.»

«Si realmente existe esa encantadora doncella en la opuesta orilla, ¿por qué esta divinidad al presentarme en sueños sus celestiales atractivos, me condena á alimentar una pasión desnuda de toda esperanza? ¿Por qué me ha negado los medios de poder visitar aquella distante playa? Ya que me es imposible llegar á nado hasta aquella tierra, ¿de qué recurso humano me valdré para conseguirlo? Es cierto que los dioses han dotado al hombre de un espíritu emprendedor, dejándole la libertad de ejercitar sus fuerzas en la empresa que crea mas conveniente: pero ¿qué ánimo ni qué energía tengo para atravesar ese ancho brazo de mar? ¿cómo puedo yo solo desafiar la furia de las agitadas olas?»

No dejaba el entusiasta jóven de pensar en los medios de que se valdría para llevar á cabo su empresa; pero apenas le ocurría uno lo desechara, considerando la imposibilidad de ejecutarlo. Finalmente, una tarde que abismado en sus pensamientos contemplaba la dilatada superficie del mar, observó que algo que flotaba sobre las olas se iba aproximando poco á poco á la orilla. La alegría y la esperanza brillaron en sus ojos; era un tronco de árbol que impelido por el viento iba cortando las olas y se aproximaba á la orilla. El jóven, embriagado de gozo, se apoderó de él y dejó para la mañana siguiente el poner en ejecución el proyecto que tenia fijo en su mente. Pasó la noche en una continua ansiedad, y apenas rompió el alba, provisto de pocos y sencillos instrumentos dió principio al trabajo.

«He visto, decía, á algunas hojas cóncavas que han permanecido en la superficie del mar, y yo quiero poner hueco este tronco, á fin de poder colocarme dentro de él con comodidad.»

«Ahora bien: tú, cualquiera que seas, divinidad bienhechora que de continuo has presentado á mi mente la encantadora vision, dignate serme propicia y ayudarme en la empresa que he acometido.»

Pasaron algunos dias antes que hubiese ahuecado el tronco, el cual tomó la forma de un pequeño bajel. Lo llevó á un lugar en que pudiera estar guarecido de los vientos, y en seguida, colocándose dentro, lo dejó ir á merced de las olas, observando atentamente todos los defectos que pudiera tener. No tardó en volver á la orilla, impulsado por el flujo de las mismas olas, que antes le habian dado direccion contraria. «Al cabo he conseguido, decía el ingenioso jóven, realizar la primera parte de mi designio; ¿pero qué medios tengo para dirigir esta barquilla? Si me interno en el mar, no podré seguramente ganar la opuesta orilla.» Mil ideas le ocurrieron y ninguna le parecia aceptable, hasta que por fin exclamó: «El cisne, estendiendo sus garras, sabe dar direccion á su curso; yo aprenderé de él á dirigir el de mi ligera barca.»

Dominado por esta idea, no tardó en ponerla en ejecución, cortando dos pedazos de madera que pudieran servir de remos, y después de alguna que otra frustrada tentativa pudo conseguir su objeto.

«Mañana, prorumpió enajenado de gozo, antes que la aurora con sus dedos de rosa haya abierto las doradas puertas del Oriente, si los vientos me son favorables, me arrojaré al vasto océano en mi ligero batel. Ciertamente es atrevida mi empresa; pero me hace sufrir demasiado la ansiedad que experimento, y sería un cobarde si vacilara en desafiar el peligro que ha de poner término á mis penas.»

(Continuará.)

BREVE HISTORIA.

de la orden religiosa, hospitalaria y militar

DE SAN JUAN DE JERUSALEN,

DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DIAS.

De todas las órdenes militares esparcidas en las diferentes comarcas de la Cristiandad, no se encuentra una en que el desinterés, la pureza de las costumbres, la intrepidez en los mayores peligros, en que todas las virtudes, en una palabra, hayan sido mas honradas. (VERTOT. Hist. de los Caballeros de Malta.)

La historia de la orden conocida primero bajo el nombre de Hospitalarios de San Juan de Jerusalem, después por Caballeros de Rodas, y por último de Malta, escrita la mas legi-

tima admiracion, porque su origen se une á lo mas grande, mas noble y mas sagrado que hay en la tierra. Los tiempos heróicos de esta orden llevan impresa tan gloriosa celebridad, que la inmortalidad no puede menos de llorar por sus dias de luto, y por los reveses de sus armas! ¡Y qué corazón generoso no se estremece al oír pronunciar el nombre de aquellos piadosos caballeros que supieron ligar las pacíficas virtudes de la religion con el mas alto valor en los combates, y cuya rigurosa virtud les hacia preferir los calabozos y la muerte á la deshonra de su cota de malla y su cruz!

Entre las instituciones de la edad media que respetaron los siglos para trasmitir sus tradiciones de edad en edad, se encontrará sin contradiccion la de esta célebre caballería, porque es el honor mismo de la humanidad y el símbolo del heroísmo.

A la primera cruzada debe esta orden ilustre su origen, que vamos á trazar.

En 1048, encontrándose unos negociantes de Amalfi (1) en la Tierra Santa, adonde habian ido como peregrinos, edificaron cerca del Santo Sepulcro una iglesia que denominaron Santa Maria la Latina, y agregaron un convento y un hospital, destinados uno y otro para albergar peregrinos de su nacion. Los monjes que se establecieron allí escogieron por patrono á San Juan Bautista y fueron llamados los hermanos hospitalarios de San Juan de Jerusalem.

Gerardo (2), que en la época de la primera cruzada gobernaba el hospital de Jerusalem bajo el título de preboste ó padre de los pobres y peregrinos, separó los hospitalarios de los religiosos de Santa Maria, y fundó una orden distinta bajo la advocacion de San Juan Bautista, á la que dió una regla particular. Los historiadores convienen generalmente en considerarle como fundador de la orden de San Juan de Jerusalem, por lo que puede afirmarse como un hecho casi cierto que él fué el que hizo adoptar á sus hermanos y hermanas (3) hospitalarias, un traje negro con una cruz blanca de ocho puntos. El patriarca de Jerusalem, después de haberlos revestido con esta señal distintiva, les recibió los tres votos solemnes de religion: castidad, pobreza y obediencia, que pronunciaron al pié del Santo Sepulcro.

El papa Pascual II, el año 1113, por una bula de fecha 15 de febrero, tomó la orden bajo su proteccion, confirmó las ricas donaciones que ya la habian hecho, y les subordinó los hospitales fundados bajo el modelo del de Jerusalem.

El segundo jefe del hospital, Raimundo de Puy, caballero del Delfinado (Francia), recogió los diferentes estatutos de la orden é hizo de ellos un cuerpo legislativo que el papa Calisto II confirmó en 1120. Los peligros que amenazaron al reino cristiano de Jerusalem le inspiraron el pensamiento de dar las armas á los hospitalarios, que la mayor parte de ellos habia llevado antiguamente, haciéndoles prometer que no se servirían de ellas mas que en defensa de la fé. En un capítulo general de la orden, celebrado en 15 de febrero de 1113 en la iglesia de San Juan, se aprobó esta idea.

El orden se dividia en dos clases de hermanos: clérigos para administrar los socorros espirituales á los peregrinos, y legos para cuidar de los enfermos. Mas tarde, en 1128, cuando los templarios dieron el ejemplo de la reunion de la caballería con la vida monástica, se formaron tres clases: sacerdotes, domésticos (4) y caballeros; estos últimos estaban encargados de acompañar á los peregrinos á través de las comarcas infestadas de inifeles.

En esta época empezaron las gloriosas y útiles hazañas que immortalizaron la orden.

El XIX sucesor de Gerardo, que fué Hugo de Rebel, de una casa ilustre de Auvernia, elegido en 1259, fué el primero que obtuvo el título de gran maestre, que le fué conferido por el breve de Clemente IV, de fecha de 18 de noviembre de 1267. En este tiempo tambien los caballeros encargados de percibir las rentas de la orden, y á los que se habia dado el nombre de perceptores, adoptaron el de comendadores, y sus casas se llamaron comendadurias (en latin commendatarías), porque los mandamientos que se les entregaban empezaban con esta fórmula: Commendamus (5).

Los reyes de Jerusalem hicieron ricos presentes á esta orden, y aun se vió en el trascurso del siglo XII que diferentes soberanos de Europa, admirando en los hospitalarios de San Juan de Jerusalem y los templarios, cuyas santas obras y animosa decision se habian difundido por el mundo cristiano, llevaron su celo y devocion hasta destinarlos después de su muerte la soberanía de sus estados (6).

Hasta Hugo de Revel (1259-1278) no habia ninguna distincion en el traje de los caballeros hospitalarios y los hermanos domésticos; pero por una bula de Alejandro IV se determinó que los caballeros, para distinguirse de los demás hermanos de la orden, llevasen mantos negros (clamydes negras), y que cuando fuesen á la guerra llevaran una sobrevesta roja con la cruz blanca, semejante al estandarte de la religion y parecida á sus armas, con la cruz

(1) Pequeña ciudad napolitana que desde el siglo XI habia adelantado á todas las republicanas de Italia en el comercio de Levante.

(2) No se sabe con certeza el lugar de su nacimiento: unos dicen que nació en Amalfi, otros en Saint Genier, hoy Martigues, en Provenza, y otros en el castillo de Abestre, en Hainalt. Por una equivocacion bastante singular, los autores modernos han dado á este Gerardo el apellido de Tunc, por haber leído en las crónicas que se hablaba de Gerardo Tunc, es decir, «entonces», de cuyo adverbio formaron un apellido. (Biografía universal.)

(3) En el momento en que se forma la institucion de los hospitalarios de San Juan de Jerusalem, una señora romana, llamada Inés, de ilustre nacimiento, conmovida por tan gran ejemplo de caridad, organizó sobre las mismas bases una casa destinada á recibir las personas de su sexo. Las hermanas hospitalarias tomaban el hábito regular y hacian los tres votos religiosos. Se retiraron á Europa después de la toma de Jerusalem por Saladino, y les dieron diferentes casas. (Guillermo de Tyro, lib. XVIII. página 955-956.)

(4) En algunas órdenes religiosas se llaman hermanos sirvientes ó conversos, á los que hacen los votos; pero no son promovidos á las órdenes sagradas, no tienen voto en el capítulo, y se emplean en las obras del monasterio.

(5) Villanueva.—Monumentos de los grandes maestros de la orden de San Juan de Jerusalem.

(6) Alfonso I, rey de Navarra y de Aragon, declaró por testamento solemne hecho en 1151, á los hospitalarios de San Juan, á los templarios y á los caballeros del Santo Sepulcro, por sucesores en su corona. (Rek, tom. I, pag. 95.)



PILAR.

SCHOTTISHS POLKA

COMPUESTA Y DEDICADA Á LA SEÑORITA DOÑA PILAR LEON Y MEDINA.

POR SU MAESTRO A. SEIRIETZ.

MODERATO...

Legato. *ff.* *P.*

f.

3 3 3 3

8.ª alta..... 1.ª vez.

8.ª alta..... 2.ª vez.

P. *F.* *P.*

First system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes dynamic markings *f.*, *P.*, and *legato.*

Second system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes dynamic markings *P.*, *f.*, and *P.*

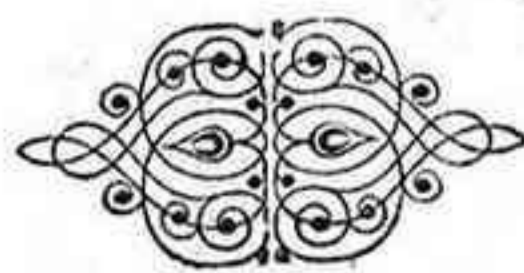
Third system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes fingering numbers 3, 1, 2, and 3.

Fourth system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes fingering numbers 3, 3, 1, 2, and 3.

Fifth system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes fingering numbers 3, 3, 3, and 3.

Sixth system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes dynamic markings *Legato.*, *ff.*, and *P.*

Seventh system of musical notation, featuring treble and bass staves. The bass staff includes dynamic markings *F.*, *ben marcato il basso.*, and *Súbito. ff.*. A section marked *8.ª alta.....* is indicated in the treble staff.



UNA TERTULIA.

¿Adónde vamos? Nos preguntábamos mutuamente un amigo mio y yo, una de las noches pasadas, al pararnos en el extremo del salon mas inmediato á la carrera de San Gerónimo, después de haber dado algunas vueltas por Paris. Adónde vamos?

—Vámonos al teatro.
 —¿Qué hacen?
 —Nada nuevo, segun costumbre.
 —Pues entonces, vámonos a divertirnos!
 —¿Qué hacemos pues? Vámonos al café.
 —Sí; pero los cafés en el verano son insufribles. ¿Quién puede soportar mucho tiempo aquella atmósfera cargada con el aliento de tantas personas, con los vapores de las bebidas y con el humo de los cigarros; el ruido de cien conversaciones, que se cruzan por todas partes, mezclándose á los sonidos del piano y á las voces de los que juegan en la sala del billar? Es preciso tener una cabeza de hierro. Podemos estar allí un cuarto de hora; pero luego nos queda en perspectiva una noche mas larga que un drama de Alejandro Dumas, y mas fastidiosa que la conversacion de un necio.
 —Nos hemos salvado! grita de repente mi amigo, como hombre que ha dado con una idea feliz.
 —¿Cómo?
 —Olvidábame de que hoy es jueves, y reciben las señoras de A... Es una casa la suya sin etiqueta, aunque de buen tono: se baila, se canta, se charla, y se pasa el rato agradablemente. Vienes conmigo, te presento, y pasas la noche divertida.

—¿Pasar yo la noche divertida donde se baila, se canta, y se charla, yo que ni charlo, ni canto, ni bailo? Con tu permiso, lo dudo: ya sabes que no me gustan esas reuniones donde tiene uno que hacer todo lo contrario de lo que desea: hablar cuando no tiene gana, y callar cuando quisiera hablar; levantarse cuando quisiera estar sentado, y sentarse cuando quisiera estar en pie; reírse de gracias que no la tienen, y manifestar sentimiento por cosas que nada le importan; quedarse cuando quisiera irse, y marcharse cuando quisiera quedarse; y en fin, dar la mano á quien no puede ver, alabar lo que no le gusta, poner á todo buena cara, decir lo que no sienta, pensar lo que no puede decir, hacer cortesías, decir vaciedades, adular, mentir, aplaudir, bailar, y todas esas mil y una tonterías que se cometen en obsequio del buen parecer y á despecho del buen sentido.

—Cuando te digo que es casa de confianza, que te recibirán bien, que te divertirás... Ea, ven. No sé por qué has de estar tan mal con la sociedad como Villergas con Gil y Zárate, ó como Cañete con Rubi.
 —Tampoco sé yo explicarte en lo que consiste; es sin duda un defecto de mi carácter; pero puedo decirte con J. Rousseau: *Plus j'ai vu le monde, moins j'ai pu me faire à son ton.* En fin, porque no me tengas por mas intratable que un oso, cedo por esta vez, y te acompaño.
 —Así me gusta.

Encaminámonos pues á la susodicha casa; llegamos: hé-nos aquí ya en medio de la sala y en presencia de la dueña, respetable señora de cincuenta diciembres, empavesada con mas lazos y cintas que flámulas y gallardetes empavesan un buque en día de gala. Hecha la competente presentacion puede apartarme á un lado con mi amigo, y echar una ojeada por la sala, que me puso algo al corriente de la fisonomia de aquella reunion.
 Era una sociedad mista, mas escogida que numerosa, segun me dijo mi amigo; aunque á mí me pareció mas numerosa que escogida. Habia allí, como en todas partes, madres de rapiña á caza de maridos para sus hijas; muchachas bonitas que con la mayor inocencia coquetaban con dos galanes á un tiempo; mugeres hermosas que lo sabian demasiado; feas que no querian convencerse de que lo eran; niñas demasiado jóvenes que querian parecer mugeres hechas; y viejas que querian parecer tan bien como las jóvenes: tampoco faltaban galanes que hacian el oso mariposeando de bella en bella; maridos que jugaban al dominó, mientras bailaban sus caras mitades; empleados del gobierno que iban allí á solazarse y descansar de no haber hecho nada aquel día en sus respectivas oficinas; militares que iban á estudiar la táctica bailando la polka; calaveras sin suerte que iban á echarla de hombres de mundo; *porta-lentes* que se creían irresistibles; Gaiferos que iban en busca de Melisendras; y por último tontos (y estos estaban en mayoría) que iban allí con el solo objeto de divertirse.

Quando entramos estaba al piano un prójimo que decia que tocaba, acompañando á una señorita que presumia cantar. En efecto, los dos empezaron, él á dar teclazos, ella á hacer gorgoritos; el piano sonaba á tambor batiente; la garganta de la cantante á caña rajada; y de este modo destrozaron sin compasion una romanza de *Parisina*, un aria de *La Norma*, y qué se yo cuantas cosas mas. Called el piano, el último y penetrante falsete de aquella voz de chicharra vino á vibrar en nuestros lastimados tímpanos, y en la sala retumbó un trueno de aplausos y de bravos: yo, creyendo que aplaudian porque habían callado, aplaudí tambien con todo mi corazon. Pero cuál fué mi sorpresa cuando pidieron á voz en grito que repitiera lo que acababa de cantar, y cuando ella, remilgada y dengosa como novia en el día de su casamiento, accedió, después de hacerse rogar largo rato. Hubiera querido que la tierra se abriera y me tragara, antes que volver á oírlo; pero me fué preciso resignarme: volvió á cantar, haciéndolo peor que antes, y todo el mundo aplaudió con mas entusiasmo.

No fué esto lo peor, sino que mi amigo, que la conocia, me presentó á ella y me puso en el cruel compromiso de elogiar su habilidad en el canto. Yo no sé si fueron cumplimientos ó epigramas los que yo la dirigí; solo sé que ella los tomó por moneda corriente, y creyéndome, no sé por qué, un furioso dilettante, empezó á hablarme de música, y me puso la cabeza de tonos, y sostenidos, y bemoles, y *compasillos*, que creí que iba á convertirme en el método de Saldoni. Habia yo caído como una mosca incauta en la red de *notas*, y *fusas ó corcheas* que me había tendido aquella araña filarmónica, sin saber cómo salir de ella, cuando mi amigo, que me había dejado un momento, vino á sacarme de mi apuro diciéndome que iban á tocar un vals, y que á pesar de que

casi todas las señoras estaban comprometidas, me había encontrado pareja.

Era esta una señora de ventiocho á treinta años, colorada como una cereza madura, pequeña y gruesa, ostentando con un vestido muy bajo de hombros la profusion de sus atractivos, velados á medias por una manteleta de tul, que tenia la preciosa cualidad de engancharse en los botones de todos los fracs que pasaban cerca de ella. Empezamos á bailar. Mi pareja se dejaba caer con todo el peso de su cuerpo sobre mi brazo, que apenas podia abarcar su robusto talle, y llevaba tan mal el compás, que tenia yo que llevarla en volandas. La sala no era muy grande, y los que bailábamos muchos: fíjese cualquiera lo desahogado que bailaríamos.

—Dispense V., decia yo á una pareja á quien un fuerte encuentro de la mia habia hecho parar. ¡Zas!... Ahora soy yo el que tengo que dispensar, porque dos energúmenos han venido sobre nosotros, disparados como un proyectil, y casi nos han derribado.

—¡Ay!
 —¿Qué es eso?
 —¡Mi manteleta! que se la lleva ese caballero enganchada en un boton.
 —Perdone V., señora.
 —No hay de qué. Adelante.
 —Pero, señora, estará V. cansada. Pararemos un momento.

—Yo no me canso nunca: sigamos.
 —Sigamos; y sudaba yo como un pollo de llevar á remolque aquellas nueve arrobas de carne humana!
 Por fortuna piden algunos que el vals se convierta en polka: un gran número de personas, de esas que no teniendo ideas propias siguen siempre la opinion de los demás, piden lo mismo y queda concedido.
 —¿Polka V? Pregunto á mi pareja, creyendo que iba á dejarme libre.
 —No señor; pero haremos lo que hagan los demás.
 —Sí señora, respondo desesperado, porque preveo lo que va á suceder.

Yo bailo polka como aquel que no lo hace nunca, y ella lo hacia peor que yo: empezamos á pisar á todo el mundo y á meternos por en medio: hacíamos lo que el perro del hortelano. De repente resuenan detrás de mí lastimeros aullidos; la señora de la casa da un grito... Era Céfiro, su querido faldero, á quien yo habia deshecho una pata de un taconazo! Allí fué Troya. Todo el mundo se puso en revolucion. Confuso y apesadumbrado me deshice en escusas, que no fueron oídas, porque aquella buena señora solo atendia á los aullidos de Céfiro. Por fin se sosegó el animalito, y la calma quedó restablecida.

Mohino ya y fastidiado queria marcharme, porque aquel perricidio habia fijado en mí la atención general; pero habiéndome hecho ver mi amigo que de este modo iba á ponerme en ridiculo, me senté en un rincón, resuelto á no salir de él en toda la noche. Mas aun allí vino á buscarme uno que se dice amigo mio, porque nos hemos saludado algunas veces en el café, y sin encomendarse ni á Dios ni al diablo se sienta á mi lado, y después de informarse del estado de mi salud, como si á él le importara algo, me dice: Amigo mio, me alegro muchísimo de ver á V.; queria consultarle sobre un poema épico que estoy escribiendo, el cual, en mi opinion, y sin que esto sea alabarme, no tiene nada que envidiar al *Diabolo-mundo* de Espronceda, ni aun á los tan celebrados de Homero, Virgilio, Tasso, Dante y Ariosto.

—Basta que V. lo diga: ¿y es muy largo?
 —Cuarenta cantos llevo escritos.
 —¡Misericordia!
 —Quisiera que V. me diese su voto, y aun que me indicara las correcciones que juzgase oportunas.
 —Pero, señor mio, ¿no sabe V. que, como dijo muy bien cierto rey de Francia, el trabajo mas ingrato del mundo es corregir la obra de otro? Libreme Dios de meterme á corregir á nadie, cuando tengo yo bastante que hacer con corregir lo mio.
 —Pues al menos ha de oír V. algunas octavas, para que me dé su parecer.
 —¿Cómo! ¿Trae V. consigo los cuarenta cantos?
 —No señor; pero tengo una memoria felicísima, y... Verá V...

Y se pone á recitarme versos capaces de hacer aborrecer la poesia al mismo Apolo. Entre tanto habia empezado á cantar una señorita, cuya voz simpática me habia llamado la atención; empezaba á oírlo con el mayor placer, cuando entre su voz y mi oído se interpusieron los versos de aquel maldito, que me estuvo recitando, sin perdonarme punto ni coma, cosa de unos setecientos.

Acabó: díjeme que eran muy buenos porque me dejase en paz, como lo hizo, yéndose muy satisfecho de que sus versos habían hecho en mí un grande efecto. El que me hicieron fué levantarme un dolor de cabeza que me duró tres días.

Después hube de sostener una cuestion reñidísima con una señora de edad algo proveya, que se empeñaba en llamar buen mozo á un moceton de cerca de seis piés de alto, desairado, y con una cara de estúpido, que mostraba bien á las claras que, por la ley de la compensacion, le faltaba en talento lo que le sobraba en materia. Siempre me han parecido los hombres muy altos (acaso porque no lo soy) muy buenos para telégrafos; pero en cuanto á su parte intelectual, he observado que tiene muy pocas escepciones lo que decia un célebre filósofo inglés: «a cabeza de los hombres de grande estatura se parece á las casas, en que el piso mas alto suele ser el peor amueblado.»

Terminada esta polémica, vinieron á sentarse á mi lado dos señoras, la una vieja y la otra jóven: esta era la misma que acababa de cantar, y cuyo rostro me gustó tanto como me habia gustado su voz. Mi amigo, que como ya habrán conocido mis lectores, es uno de esos *chisgaravis* que se encuentran en todas partes y conocen á todo el mundo, me proporecionó ocasion de hablarla. Inmediatamente conocí que poseia ese talento de la conversacion que tanto agrada en una muger: nuestro diálogo se fué animando insensiblemente, y empezaba ya á olvidarme de cuantos percalances me habían sucedido aquella noche, cuando un importuno, á quien Dios maldiga, vino á llevarse á mi bella interlocutora, que estaba comprometida con él para bailar. Mi amigo, que habia

estado hablando con la mamá, se marcha tambien, y héme aquí mano á mano con aquella venerable antigüedad, que bien podia pasar por un monumento histórico. Pero ¡ay! era un monumento parlante, y tan parlante, que habiéndome cogido por su cuenta, me contó toda la guerra de la Independencia, mas detalladamente que el mismo Toreno, y con un modo de narrar mil veces peor que el del mismo Salomon, historiador de aquella época, que en punto á perverso estilo puede dar tercio y quinto á todos los malos historiadores. Contome cómo su primer marido, que era capitán de caballería habia muerto en Ocaña; cómo se volvió á casar con un comandante, que tambien murió desgraciadamente en el Vidasoa; y cómo, por último, cansada de la gente de espada, se habia casado (en terceras nupcias) con un médico, á quien la muerte no se habia querido llevar, agradecida sin duda á los buenos servicios que la habia hecho. De este matrimonio era vástago la niña con quien yo habia estado hablando. Díjome tambien que de resultados de un parto desgraciado la habia acometido el histérico, y que la daban unos soponcos incomprensibles, de los cuales no habia podido librarla toda la ciencia de su tercer marido.

En suma, tanto habló, tanto me mareó, y tanto se exaltó ella misma, que en un momento pone en blanco los ojos, tuerce la boca, empieza á hacer visajes, y cae en mis brazos con el susodicho soponco. Administráronla algunos socorros; pero viendo que no volvia, se envió á buscar un coche, y me tocó á mí, acompañado de otro penitente, cargar con ella, bajarla en brazos la escalera, y embutilarla en el carruaje; mientras otro mas dichoso, y que sin duda tenia derechos mas antiguos, bajaba del brazo á la hija, y se encargaba de acompañarlas hasta su casa.

Quando me vi en la calle no quise volver á subir, y tomando á mas andar el camino de mi casa, iba diciendo: ¡Oh delicias sociales! juro á Dios de evitar cuanto me sea posible las ocasiones de disfrutaros, aunque haya de ser mi vida un monólogo perpetuo!

JOSÉ MARÍA DE LARREA.

UNA VELADA EN TRIANA.

Era la víspera del 26 de julio, día de la señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya poblacion parecia bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, cruzando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sube orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que izan los buques, surtos en el puerto; la animacion de las gentes, que en tropel atraviesan el puente; la premura con que otros flotan lanchillas para surcar mas pronto el Guadalquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar de ese panorama que se presenta á su imaginacion, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, segun la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galeria cerrada, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venian los reyes moros á flotar sus galeras y vigilar sus aguas. D. Pedro y Doña Maria Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y D. Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavia conserva su belleza y nombradía, y si bien ni alberga reyes ni tesoros, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma márgen del Betis, asemeja una diosa circundada de diversidad de naves que apuestan elevar sus pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan mas bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado setentrional del puente se divisa la estension del rio, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepuleros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hoy se ostenta allí la fábrica de loza, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias esta fabricacion, casi desconocida anteriormente.

Nada mas atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de Barcas; las vistas que le circundan, el bamboleo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carruajes, la suavidad de su pavimento, los asientos laterales en las proas y popas de las barcas, el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla tambien rodeado de vendedores que embellecen su tránsito, y que siguen á uno y otro lado en hileras iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la risueña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su mirinaque, y su ajustado y apuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gaditana, con su vestido mas ceñido y ostentador de sus contornos; las serranas, enajezadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitacion de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerian superior á la de aquellas; las cigarreras, multitud baja de Sevilla, con sus trajes de moda, con pañolón en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecian á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguileña, cara larga y espresiva, ojos rasgados y centellantes, su pañuelo terciado y su brazo en jarras; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el

sevillano con su marsellés madrileño de alamares de plata, su pantalón corto, su botín ondulado y su sombrero enmadronado de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalón de punto azul y bien ajustado; el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el vicho; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decaídas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avizor; todos allí deponiendo su genio, gracias y carácter, rinden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Triana.

Habia ya acabado el predicador su sermón, en que después de enumerar la antigüedad del culto que á nuestra señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero mas antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parte su fama, atribuyéndose serlo de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 15,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundación del Guadalquivir de 1626, en la peste de 1673, en los terremotos posteriores en que hasta la Giralda se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigados á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos henchió las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día enriqueciera á Sevilla el ya célebre maestro Esclaba, que llenó de discípulos su patria, y á su nación de fama musical. Al salir del templo cubría ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despidió de los mortales, y estos parecían que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacía suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podían reemplazar, lograban al menos deslumbrar su vista con tan radiantísimas y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su candilón colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama; y la multitud y armonía de estas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, son pinturas mejor para concebidas que para descritas. Después de recorrer en esta forma las tres mas anchas y hermosas calles de Triana, otro panorama mas variado deleita la vista y presta en aquel día un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle larga del muelle, iluminada del mismo modo por sus ambulantes mercaderes, refleja sus resplandores sobre la corriente del Betis, en cuyo seno se ven brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la mas deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los turronez y jaleas de todas clases y países, el cascajo que tanto se encomia en navidades, las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos manteles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de notarse, como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, nutridos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeuntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blanco las hijas de Egipto, con sus aderezos, zarcillos y pulseras, pregonan el precio de su fabricación, interin las mas jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeuntes con las mas alimbaradas frases: «Zalerozo, ¿no toma V. para estas bellas ninfas una librita de buñuelos?» «¿Hermosa mía, no conquista V. á ese alma de Dios, para que la regale un par de libritas?» Y no deja de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los conducen á los bancos de su deidad, entre la algazara de los concurrentes, estando bien recibido aun de las personas de tono.

La vista del puente iluminado es el objeto principal de adorno de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guirnaladas, suspendidas sobre él, y otra en la bandera de cada uno de los diez barcos, forman una luminaria brillante, de mucha simetría y de gran efecto. Empavesada cada barca con mas de cien farolitos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejan miles de luminarias, colocadas en armonía, una brillantez capaz de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presenta el mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante escua parece el arrabal de Triana; ó un volcan cuyo cráter es todo Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Eran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Las gentes que volvan de la festividad religiosa cedían el lado izquierdo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquesta, mostraban en su traje ligero, blanco las mugeres, y chaqueta y chambergos los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traían en cestos la prevención ventricular, otros la buscaban en los refinos y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, solo esperaban la buñolada con que todos concluirían su empresa.

Aposentándose cada círculo en las plazas ó calles anchas, ó en las orillas del Betis, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantares y sus gracias, y la media noche se deslizaba entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas se veía rodeado de los adoradores de ellas y sus buñuelos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurren acaloradamente sobre las bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusión llegan á su término, y las caras mitades de aquellas diosas, que no habían dejado verse antes de hora tan avanzada, descienden á manadas de sus albergues setentrionales de Triana. A la vista de los gitanos toman mas cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos animan; nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se susurra la falta de pañuelos, abanicos, sortijas ó algun reloj, si había allí quien lo llevase; y se escurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quiera Dios que sin dejar algun rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y sazaos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los bu-

ñuelos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta día y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barrio de Triana pone en circulación muchos miles de reales; siendo esta velada la mejor, mas lucida y celebrada de las de Sevilla.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

PRECAUCIONES Y REMEDIOS

contra varios inconvenientes que alteran la hermosura.

Muchas personas habrán observado que en temporadas suele secarse y abrirse la piel, levantándose, como sucede después de un día de campo en que se ha pegado el sol á la cara, y otras veces naturalmente y sin causa manifiesta; nada es menos ventajoso para una muger, cuyo primer mérito es á nuestros ojos la tersura, igualdad y suavidad de la tez. Por fortuna ese accidente se remedia con gran facilidad, lavándose con el agua aromatizada de *Ninon de Lenclos*, de tinctura de benjuí y agua de Colonia.

No todas las personas tienen la fortuna de haber recibido de la naturaleza una mano nutrida, torneada, cuyos dedos rematen en disminucion casi insensible, simétricamente sembrada de suaves hoyuelos y adornada de uñas elegantes y bien dibujadas. De todos modos ninguno cuidado está demás cuando se trata de conservar buena mano, ó de disimular sus defectos naturales. La mano es desde luego la señal primera que revela la calidad de la persona; de ella se infiere su educacion; de su sola vista los elegantes modales y hasta el delicado modo de pensar de su dueño. La mano ha distinguido y distinguirá siempre á la gente fina de la ordinaria, á la rica de la pobre. En ninguna parte se observa mas esta verdad que en las máscaras; así que generalmente lo primero que se pretende ver es la mano de la persona disfrazada. Una mano negra, curtidá, áspera, desigual, dedos comidos por la aguja y la seda, descubren á una modista ó una doncella de servicio. Los padrastros á una persona poco aseada ó que tiene el vicio de morderlos ó arrancarlos. Uñas unas mal cortadas, el descuido, la completa ignorancia de los usos sociales y la ausencia de la buena sociedad. Multitud de causas conspiran diariamente á afeitar la piel que rodea las uñas y á resquebrajarlas produciendo padrastros. Estos, descuidados, se aumentan horriblemente, se ensangrientan á menudo y causan dolores insufribles. Hay quien tiene la inhumana y selvática costumbre de arrancarlos hasta con los dientes. El resultado de este vicio tan grosero es quedar desnuda la uña, y no pocas veces resulta de él el panadizo y el úlcero, si bien puede reconocer otras causas casuales independiente de la persona. En cuanto se advierte un padrastro cortés cuidadosamente con las tijeras y bñese con un poco de aguardiente mezclado con agua: si fuese prolongada su señal, úbrase con un pedazo de tafetan de Inglaterra.

Por lo que respecta á la carnosidad fea y desigual que suele agolparse en derredor de las uñas, debe cuidarse de evitarla estirando hácia atrás, cuanto sea posible, con una toalla suave la piel que rodea la uña después de lavarse: mientras mas desahogadas quedan las uñas, tanta mas gracia y hermosura adquieren. Deben cortarse á menudo en semicírculo, quedando los lados altos; la yema del dedo ha de quedar enteramente cubierta, porque la uña corta es señal de criadas y fregonas: la demasiado larga es propiedad de gavilanes y guitarristas. El mejor modelo para el corte de las uñas es la observacion de las estatuas. Debe cuidarse tambien de lavarlas diariamente con el cepillito á propósito, embebido en agua de jabon de olor, después de haber desahogado la parte interior por medio de los cueros, que suelen tener cepillos en el extremo opuesto al de las crines. Debe tambien pasarse suavemente por el borde recién cortado de las uñas, la lima del dorso de la tijera, para evitar toda desigualdad.

Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres.

Hemos sentido siempre ver un ramo de la historia universal demasiado descuidado por los Tucídides, Tito Livio, Tácito, Plutarco, Rollin, Crevier, Lobeau, Mezerai, etc. Este ramo es el de la predileccion de ciertos grandes hombres por tal ó cual manjar, con frecuencia mas que vulgares, que forma singular contraste con el elevado carácter y las grandes acciones de aquellos hombres célebres. Para llenar en parte este vacío, es por lo que hemos reunido y clasificado los gustos gastronómicos de estos grandes hombres, que sin embargo, no son todos grandes; pero que tienen mas ó menos derecho á la celebridad. Nuestra lista no será muy larga, aunque empiece por el Imperio Romano: no hemos hecho, por decirlo así, mas que tocar el asunto, porque ha sido menester proporcionar el mareo al puesto que tenía destinado en nuestra galería. Pasemos al amigo de Cinna, mas hábil político que goloso gastrónomo.

Augusto, que falleció el año 14 de Jesucristo, gustaba con preferencia del pan moreno, los peces pequeños, el queso de leche de vacas y los higos frescos. No bebía en cada comida mas que tres veces, por donde se ve lo sencillo y lo sobrio que era en sus gustos.

Apicio (*Calvus*), célebre gastrónomo romano, cuyo nombre ha pasado en proverbio, y que ha escrito sobre la buena mesa (*de arte coquinaria*), era muy aficionado á los cangrejos, sobre todo á los de Minturno, que pasaban por los mejores. Habiendo oído decir que los había mas grandes y mas delicados hácia las costas de Africa, fletó inmediatamente un barco, y marchó para asegurarse de la verdad del hecho. Llegado al término de su viaje, encontró á unos pescadores y les pidió cangrejos, sobre todo los mas hermosos de aquellos parajes; pero viendo que en nada se diferenciaban de los de Minturno, ordenó al piloto virar de proa, y vuelve á Minturno, donde continuaba regalándose con los cangrejos de la Compañía.

Apicio era muy rico: después de haber disipado, tanto en

su mesa como en otros gastos, cerca de 400 millones de sestercios (muy próximamente 20.369,166 pesetas de nuestra moneda), arregló sus cuentas, y habiendo pagado sus deudas, como no le quedaban mas que diez millones de sestercios, se envenenó temeroso de morir de hambre.

El emperador Claudio, muerto el año 54 de Jesucristo, tenía gran predileccion por las setas. Sabido es que, gracias á la ternura conyugal de su querida Agripina, y al celo de su médico Xenofonte, este gusto le puso en menos de dos horas en la categoría de los dioses.

Carlo Magno, primer emperador de Occidente, aunque muy frugal, gustaba mucho de la caza. Ordinariamente, dice Eginhnant, no se veían mas que cuatro platos en su mesa, sin comprender una pieza de caza que los monteros le presentaban asada, porque sabían que este manjar era su favorito.

Adriano VI, electo papa en 9 de enero de 1522, y muerto en 14 de setiembre de 1523, era odiado de los romanos porque gustaba de la merluza, según dice Pablo Jove; pero lo era mucho mas por la severidad que empleó para reformar las costumbres.

Lutero, jefe de la reforma, muerto en 1546, era gran bebedor, y prefería á todo la cerveza de Torgan y el vino del Rhin.

Melanchton, primer discípulo de Lutero, y que falleció en 1560, gustaba de la sopa de cebada, los gobios (1) y otros pequeños pescados, como igualmente las legumbres mezcladas con pequeños trozos de carne.

El Tasso, admirable poeta italiano, muerto en 1595, tenía una predileccion marcada por los manjares azucarados cocidos en el horno, por los mazapanes y las frutas en dulce. Gustaba tanto del azúcar que hasta la mezclaba con la ensalada.

Enrique IV, rey de Francia, muerto en 1610, era muy apasionado á los melones y las ostras, de las que comía immoderadamente. Parece que el vino de Arbois, del que hacía gran consumo, le libró de las indigestiones á las cuales le esponían tales alimentos.

Hocquircourt (el mariscal de), muerto en 1638, tenía una afición particular á las patas de carnero, en las cuales, dicen las memorias de aquel tiempo, reconocía la propiedad de influir en la alegría de los convidados; razon por la que mantuvo toda su vida un cocinero que había hallado el medio de preparar en cajas patas de carnero, que el mariscal llevaba al ejército para infundir alegría en sus oficiales.

Crebillon, hijo, literato francés, muerto en 1777, era un insaciable comedor de ostras.

Voltaire, muerto en 1778, no se hizo notable por ninguna afición particular á comestibles; pero el café era su bebida favorita, del que tomaba con exceso. Lo mismo sucedía con Mr. de Buffon y el marqués de Contades: este hacía mas todavía, porque rehúsaba la entrada en su comedor á todo el que no tomaba dos tazas de café.

Lessing, célebre escritor alemán, muerto en 1781, gustaba sobre todos los manjares de las lentejas: hubiera sido por ellas capaz de cometer la simpleza de Esau.

Mr. Rogerson, gastrónomo inglés, daba, según se dice, la preferencia á los pájaros; al menos parece probarlo el último acto de su vida. Asegúrase que este digno émulo de Apicio gastó en el espacio de nueve meses en su mesa y en experimentos culinarios la cantidad de 150,000 libras esterlinas (3.750,000 francos), lo que constituía toda su riqueza. Reducido á la miseria y al triste estado de mendigo, empleó una guinea, la última que le habían dado por caridad, en guisar un pájaro, su manjar favorito; y después de haberle comido con todo el deleite de un goloso, se levantó la tapa de los sesos.

Federico el Grande, rey de Prusia, muerto en 1786, tenía por manjar predilecto la *polenta*, una especie de torta de cebada reducida á polvo y tostada.

EL CASTILLO DE DUNSTAN.

CRÓNICA ESCOCESA.

En las cumbres empinadas de las silvestres rocas, los últimos destellos del día doran la erguida frente de los castaños, y se deslizan á lo largo de las enhiestas cúspides de los rozagantes pinos. Ya oscurecen el valle las tinieblas, ya cesa todo ruido en la campiña.

El viento que sopla, húmedo y frio, arruga la faz de las inciertas ondas, y encorva la dócil punta de las sonantes cañas.

Levántase poco después sobre el lago leve vapor, que semejante á un velo de crespon, se estiende inmensamente en derredor de la montaña.

¿Veis allá abajo, sobre aquel estrecho terraplen que entapizan agrestes matorrales, veis el antiguo castillo, cuyas almenadas torres se levantan y enderezan en medio de las sombras, como negras fantasmas de gigantes?

Allí no ha mucho era todo contento y alegría; pocos días trascurrían sin que el eco hiciese resonar por las anchas bóvedas el confuso estruendo de las armas, el animado relincho de los caballos y el ladrido de los sabuesos.

Ora el antiguo castillo yace silencioso y casi desierto. Hábitale ya solo el señor Dustan, anciano de severas costumbres y de inflexible corazón; pero de achacoso cuerpo. Leo, su hijo, ambicioso de gloria, ha seguido á Ricardo á Palestina, y Olivia, esposa de Leo, llamada al lecho de su madre espirante, partió tambien de su lado con numerosa comitiva.

Las diez han dado: el barón, rodeado de algunos de sus vasallos, acaba la refracción de la noche; cuando levantan las mesas, vuélvese lentamente hácia el fuego que chispea, porque hace frio y silba el viento al través de las altas vidrieras en ogiva.

Tristemente sentado en su inmensa poltrona de vaqueta, debajo del dosel feudal, privilegio de los jefes de familia, recorre con la imaginacion los años azarosos de su larga existencia. Recuerda que mañana es el aniversario sexagésimo de su vida, y que por la vez primera en época semejante, no hará circular, rodeado de su familia y de sus nobles vecinos, las copas de hidrómel en la sala de los banquetes!

De repente el enano, en la eminente torrecilla, ha hecho resonar su retorcida bocina, y los buhos espantados respon-

(1) Pescado de río.

den con sus desapacibles chirridos á aquel inesperado rumor.
 —¿Qué es eso, mi escudero?
 —Amo y señor, es un mensaje de tu fiel escudero Roberto.
 —Despeja.
 El rostro del baron no ha padecido la menor alteracion: ha leído al parecer hasta con indiferencia; el mensaje sin embargo le ha herido mas atrozmente que el hierro de una lanza; pero su larga esperiencia le ha enseñado á dominar sus emociones.

Huyen las horas, y allí delante del hogar, donde espira la fluctuante llama, con aspecto sombrío y taciturnas miradas permanece sentado en su sillón, inmóvil como los personajes de esos antiguos retratos que penden en las paredes. Medita el medio de vengar su afrenta...

Oyese de allí á poco rato estruendo de cadenas, inclínase reclinando el puente levadizo, y entró en el patio rozagante cabalgata. Es Olivaia que vuelve con su numeroso cortejo.

Dustan la recibe friamente: entre ella y él se ha interpuesto un mensaje fatal.

Una vez solo con su escudero:

—¡Hola! Roberto, esclama con impaciencia. ¿Con que es cierto?..

—Sí, ciertísimo, señor. Cinco días hace que un caballero de armas negras, sin divisa y con la visera calada, se ha incorporado á la escolta de mi señora; desde aquel punto parece ser objeto de sus marcados favores. A veinte millas de aquí, en el castillo del conde Olbridge, donde hicimos alto ayer, ha pasado gran parte de la noche en su propia habitacion.

—Insolente!... ¿Pero dónde está?

—Aquí.

—En mi castillo!

—En lo alto de la torre, en la habitacion que cae encima de la cámara de la baronesa.

—Aquí mismo! En mi propio castillo!... Juro á Dios que no salga ya mas de él!

Fatigada entre tanto de su largo y penoso viaje, hase retirado Olivaia á su habitacion, y mientras que sus dueñas la desnudan, cuéntales las fiestas del día siguiente, el regreso de Leo, la cautela con que le oculta á su suegro, por no conmovierlo demasiado con tan imprevista nueva, y la feliz sorpresa que espera al anciano baron al despertar...

Oyese de repente debajo de su ventana extraño ruido.

De allí á poco, el baron entra en su cuarto con infernal sonrisa en los labios. El anciano estrecha su mano con mano trémula y convulsiva, la sacude violentamente, la empuja, la arrastra hácia la ventana, y allí al fatídico resplandor de las antorchas que aparecen, la señala con el dedo sobre las ensangrentadas baldosas... ¿A quién? A Leo, á Leo, á su hijo!

TELÉGRAFO ELÉCTRICO

SUB-MARINO.

(Conclusion.)

El steamer *Fearless* iba delante del *Blazer* indicándole el rumbo. A proporcion que este avanzaba iba desenrollando lentamente el cable; después de haber pasado por una serie de frenos dispuestos para moderar su movimiento, iba filándose por la popa. Por consecuencia de un accidente que llevó unas diez y ocho yardas de uno de los alambres de la envoltura exterior, se redujo la marcha del buque desde cinco á dos millas por hora, y después de haber hecho la inmersión de unas seis millas del cable, se hizo un ensayo transmitiendo una señal á la costa de Inglaterra, el cual tuvo buen éxito, si bien con algun retardo, que provenia de no hallarse el instrumento telegráfico convenientemente puesto en relacion con el cable.

Este primer triunfo era alentador, y todo prometia los mas felices resultados, cuando la cuerda de remolque se rompió, y el *Blazer* fué arrastrado una milla y media en arribada antes que el accidente hubiese podido repararse. Ancló, sin embargo, á dos millas de la playa ante Sangatte el día 23 á las seis de la tarde, después de una travesía de diez horas de continuo temporal. Al día siguiente vino una fuerte brisa del oeste á oponer un grave obstáculo á la continuacion de los trabajos; sin embargo de esto, fué remolcado el *Blazer* hasta una milla de la costa, y allí acabó de arrojar el resto del cable con una boya á la estremidad para marcar la posicion, regresando en seguida todos los buques á Inglaterra. El sábado 26 volvió el capitán Bullock á bordo del *Fearless*, y á pesar de mantenerse recio el viento, consiguió aproximar el extremo

del cable algunos centenares de yardas. El 27 habia calmado el tiempo, y los ingenieros y los administradores de la compañía condujeron á bordo del *Fearless* un gran rollo de cordaje revestido de guta-percha; y después de haber tirado de la estremidad del cable, se unieron á ella con cuidado los primeros hilos metálicos, que desembarcó una lancha á las cinco y media de la tarde sobre la playa de Sangatte. Este desembarco se realizó en bajamar, y el rollo de cordaje con guta-percha fué inmediatamente enterrado en la playa por obreros apostados para este efecto, un poco mas adentro de la línea de bajamar, no quedando entonces desde allí mas que un cuarto de milla al paraje en que estaba amarrado el cable.

Los telégrafos fueron unidos inmediatamente á los hilos sub-marinos, y todos los instrumentos respondieron al juego de las baterías de la costa opuesta. A las seis se imprimian en Sangatte los mensajes enviados desde South-Foreland, y en la misma tarde trasportaba el capitán Bullock unas pruebas para la reina y el duque de Wellington. El lunes por la mañana se unieron los hilos metálicos de Sangatte á los que estaban ya colocados desde París á Calais; y habiéndose enviado á South-Foreland dos de los instrumentos empleados por el gobierno francés, quedó París en comunicacion inmediata con Londres.

Los hilos metálicos que atraviesan actualmente la playa de

el camino de una milla desde la estacion á las oficinas, y la vuelta, y el de la oficina de París á la Bolsa, é igualmente el retorno.

Por una feliz coincidencia, el día elegido para la apertura del telégrafo era el mismo en que el duque de Wellington debia cerrar las sesiones del parlamento, y los administradores resolvieron que en el momento en que dejaba á Douvres se le saludase con un cañonazo disparado por medio de una corriente eléctrica comunicada desde Calais. Habíase acordado con los empleados en este punto, que cuando el reloj señalase las dos, se enviaria inmediatamente una señal; y en efecto, en el momento indicado, una violenta detonacion retumbó sobre las aguas é hizo estremecer el litoral: la corriente eléctrica habia puesto fuego á un cañon de á 32 cargado con diez libras de pólvora. Apenas se habia estinguido este ruido, cuando se oyeron los cañonazos del castillo, con que la guarnicion saludaba, segun costumbre, la salida del duque. Muchas piezas fueron disparadas sucesivamente en ambas costas, dando fuego Calais á los cañones de Douvres, y Douvres á los de Calais.

Este jueves, 13 de noviembre, debe considerarse con razon como un día memorable. En adelante pueden desencadenarse los vientos, mugir las olas, y quedar detenidos en el puerto los buques de vapor destinados para el servicio de correos:

mientras la superficie del mar se halle trastornada por la tempestad, las noticias volarán á lo largo de los hilos metálicos que reposan tranquilamente en el fondo. Por lo demás, todavía no han experimentado su completo desarrollo todas las ventajas políticas y sociales que deben resultar de las comunicaciones instantáneas con todas las partes del continente, pues apenas ha habido tiempo para apreciar sus efectos. El curso de los fondos públicos ha sido hasta ahora el principal asunto que se ha trasmitido. El día mismo en que se puso en juego el telégrafo sub-marino se fijó en la Bolsa de Londres á las dos horas y cuarenta minutos la cotizacion que habian tenido los fondos en la de París á la una. El curso que tuvieron en las dos horas siguientes fué trasmitido con igual rapidez antes de cerrarse la Bolsa, y se realizó una operacion bastante considerable sobre los fondos rusos, por consecuencia de una orden comunicada del mismo modo. Al día siguiente, viernes por la mañana, se leia en el *Times* el parte siguiente: «París jueves á las siete de la tarde: La Asamblea ha desechado la ley electoral por una mayoría de 355 votos contra 348;» ejemplo notable del partido que se puede sacar del telégrafo sub-marino. Desde entonces se han espedido numerosos mensajes desde Liverpool y Londres para Francia, Italia y Alemania, y hasta se ha despachado uno para Cracovia para ser trasmitido desde allí á Odesa.

Cada vez va recibiendo mayor ensanche y perfeccion el telégrafo sub-marino. El 13 de mayo próximo pasado comenzó á funcionar entre Londres y Boulogne; están concluyéndose los hilos que han de sumergirse entre Douvres y Ostende, y preparándose las líneas telegráficas entre el primero de estos puntos y

Cornhill, las cuales serán conducidas por tubos subterráneos á lo largo del antiguo camino de Douvres. La estension del cable entre esta ciudad y Ostende será de 60 millas; pero, por efecto de la esperiencia adquirida, funcionará con mas economía que la primera línea entre Douvres y Calais. Toda la arteria de líneas en conexion con el sistema sub-marino será subterránea, y los hilos de laton untados con guta-percha y colocados en tubos.

Los medios ordinarios de comunicacion van á quedarse muy atrás, pudiéndose ahora en pocos minutos, á toda hora y en cualquier tiempo, pedir informes y hacerlos llegar con una rapidez inaudita de Marsella, Venecia, San Petersburgo, Pesth, Praga ó Viena. Las casas de comercio de muchos puntos se hallan ya en comunicacion diaria, porque el telégrafo comunica actualmente con mas de doscientas ciudades del continente, y en breve se estenderá á los particulares la disminucion de precios que la compañía ha hecho recientemente en favor de los partes enviados por los gobiernos extranjeros. Estos podrán tambien comunicarse entre sí con mas facilidad y economizar embajadores. Sin embargo, para esto será menester adoptar un lenguaje universal que todos puedan comprender sin necesidad de traducirlo, y estender á toda la Europa la union telegráfica, ya formada en una parte de Alemania.



Modas.

Sangatte, deben ser reemplazados por un trozo de cable suplementario, que será ajustado al principal, de manera que forme un todo compacto, con la misma fuerza y condiciones de duracion. Entre tanto, quedaba demostrada la posibilidad de las comunicaciones electro-telegráficas, y la compañía anunció muy pronto al público que estaba ya en el caso de poder trasmitir á través de la Mancha, mensajes de Inglaterra á Francia, y vice-versa. El 13 de noviembre estaban ya en completa comunicacion las oficinas de South-Foreland y de Douvres; los instrumentos de Cooke y de Wheatstone, de Brett y de Henley se hallaban prontos para funcionar, y se esperaba con la mas viva ansiedad el momento fijado para la trasmision de las primeras señales. El aparato fué puesto en movimiento, cambiáronse algunos signos con Calais, y el éxito de la empresa fué evidente. Habíanse efectuado varias de estas comunicaciones cuando llegó un correo que traía un parte espedido por las oficinas telegráficas de la compañía del ferro-carril del Sud-Este. Contenia la cotizacion de los fondos en la bolsa de Londres, y se trataba de trasmitirlo inmediatamente á París por el telégrafo sub-marino. Desde aquel momento los partes no cesaron de circular entre las oficinas del telégrafo de Douvres, de Londres y de París. Un mensaje que venia de Londres fué comunicado á París, y la respuesta recibida en Londres, todo en el espacio de una hora, incluso

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.